

El Cuento Semanal



Don Oliverio XXIV de Bombón
por **EUGENIO NOEL** 🐉 🐉

Illustraciones de MONTERO

30 céntimos

OJEN



El summum en higiene y exquisitez de los anisados. El crédito mundial de que goza :: esta marca lo comprueba ::

ÚNICA LEGÍTIMA

¡81 años de existencia lo atestiguan!

Ginebra especial LA FAMA, la mejor y más fina por sus componentes y la única en España destilada
COGNAC, RON, ANISADOS SECOS Y VINOS FINOS
Se garantiza calidad y pureza

Hijo de Pedro Morales

Llano del Mariscal, 6

MALAGA

Se venden en ultramarinos, almacenes de coloniales, cafés, confiterías, etc., etc.

Don Oliverio XXIV de Bombón

Un profundo amor á mi Patria, mueve mi pluma. Vosotros, queridos jóvenes, no conocisteis á S. M. Don Oliverio. Murió muy joven, ahogado por la pena, en su isla de Malindrania. ¡Ojalá saquéis de esta amojamada invención mía los frutos que yo intenté crear en ella: un dulce y santo amor al pueblo, una fe vigorosa en su genio de estirpel

I.—La identidad de los contrarios

«—... ¡Y ahora que soy mayor, ahora que soy el Rey, me quitan toda responsabilidad en mis propios actos! ¡La Constitución es quien lo exige! Mi personalidad entera desaparece para dar paso á esa grotesca nulidad que se llama un Rey...»

El Rey. Drama de Bjoernstjerne Bjoernson. Acto 1.º, cuadro 2.º, escena V.)

I.—Elogio de dos docenas de Bombones

Fué necesario que Doña Casilda de Besaravia y Doña Tecla de Pentecostés reunieran á los miembros de la Familia Real, con carácter urgentísimo, antes que la Nobleza y el Pueblo se enteraran de la sublime decisión de Don Oliverio. Había que impedir á todo trance que S. M. el Rey hablara con Augusto Tomás. Las consecuencias de este acto eran incalculables. El Pueblo no se daría por satisfecho; y, colocado el Rey en la pendiente de las concesiones, á cambio de conservar su corona, se llegaría á la misma renuncia. Doña Casilda recordaba, estremeciéndose, la escena dramática en la que Luis XIV se había colocado en su testa divina el plebeyo gorro frigio. El Pueblo es trágico, suele tomarse represalias incomprensibles. Suele sufrir durante siglos, pero en un solo día deshace un imperio y hace quebrar á todos los vástagos de una imponente Dinastía. Doña Casilda de Besaravia era extranjera; mas, ¿quién amaba como ella á Malindrania? Bien había pensado, durante su regencia y en las largas y difíciles horas de la mayoría de su hijo, en la pujanza de Malindrania y en sus destinos futuros. Tenía ideas exactas y rectas, por las que guiaba á su augusto soberano, sin que su corazón la reprochara la menor ambición, el más insignificante humano desliz. Con ella no rezaba la crítica de las reinas madres ó viudas pintadas como ninfas Egerias ó misteriosas y reaccionarias abuelas, con un pie en la tumba de púrpura, una mano en el cielo y otra en el trono, y la boca muy abierta, para respirar el aire de la adulación y la cortezanía. Doña Casilda meditaba en estas cosas con desesperación. No comprendía que su hijo, tan obediente,

tan ocupado siempre en sus juegos físicos, tan beato, encerrado en un círculo de amigos, impuestos por ella misma, después de bien examinados, tomara la resolución que acababa de manifestarla. ¿Quién podría ser el inspirador de aquella bárbara idea descabellada?

Y la Reina madre lloraba con infinito desconsuelo. En su entendimiento de origen divino fulguraban las palabras groseras leídas en aquel libro hediondo. ¿Qué malindranio se había atrevido, en su demencia, á escribir tal libro? Sería preciso quemarle vivo, destrozarle, dar su sangre á los cuervos. ¿Estaba su adorado hijo en su juicio?... Pero ¿es posible que una resolución tan grave, tan radical, de resonancias internacionales y protocolares, se hubiera tomado por la lectura de un libelo necio de algún escritor relajado, hipócrita y canalla?

Doña Tecla de Pentecostés lloraba también. Comenzaba á gustar de los placeres intensos de la Corte. Roto el hielo de la observación en torno suyo, oía ya los coros de alabanzas con que se da en las Cortes principio á la veneración de las Reinas consortes. Copiábanse con fruición sus palabras, por muy vulgares y corrientes que fueran, y el más sencillo de sus actos de mujer y esposa, era idealizado, tornasolado y agregado á su autoridad regia, como si los actos privados fueran una consecuencia de la realeza. Oía ya, valerosa y caballerosamente sustentadas, defensas y loores; y, entusiasmada, se sumergía en la vida de los Palacios, tan parecida á la de los bienaventurados en el cielo.

Sus hijos, rollizos, bellos como todos los niños, encantadores como todos los niños, disfrutaban del incienso y la adoración, colmando su orgullo de reina y madre. Se hablaba de la precocidad del heredero como de una bendición del Señor. Los astrólogos veían en aquellos ojos infantiles, redondos y aturdidos, maravillas de talento innato, y esa distinción grave y resuelta que es el sello de autoridad y de imperio con el que Dios señala al elegido para rey de hombres. Otros leían con precisión matemática, en los rasgos del Príncipe, los destellos históricos de la Dinastía ancestral de los Oliverios. Había también quien veía lo contrario, y hasta visiones; pero éstos eran gente soez, pandillas de hampones híbridos, sin clasificación posible y sin cultura. ¿Acaso no brillaba en la amplitud de la frente de aquel niño la majestad de Oliverio VI, que, con sólo mandar á caballo, aterrorizaba una comarca? ¿Galápagos intelectuales, cómo habían de poseer esa vista de águila que se necesita

Luis XIV no, Luis XVI

para profundizar en los arcanos de la regia dignidad! Con dos onzas que hubieran sabido de la embrollada historia de Malindrania, se habrían convencido de que aquel niño despedía de sí la embriagadora inteligencia de Oliverio XX, que perdió cien colonias y recibió la noticia sin pestañear, y siguió rezando su rosario de tres dieces, como el de los Benitos ó el de los Cartujos cistercienses.

¿En qué razones fundaban los republicanos sus invectivas y por qué echaban á volar las más inmundas especies?... Mirando con detenimiento á los hijos de Don Oliverio, se notaba la herencia real; aunque predominaran en ellos los rasgos maternos, eso no significaba otra cosa que una alianza de dos troncos genealógicos inmortales. Los Pentecostés refrescaban la sangre de los Bombones. Mas, como era, bellaco y algo felón, quien no levara en la nariz del Príncipe la energía de Oliverio XXIII, que supo salvarse á uña de caballo del campo de batalla de Aleoricon de los Acevuches.

Si Don Oliverio XXIV salía con su extraño propósito, mal iban á quedar los cortesanos que habíanle celebrado como el advenimiento de una nueva era de fecundidad para Malindrania, y no se detuvieron en su tarea de ensalzarle hasta que le compararon con Oliverio XI, que fué capaz de dar á Malindrania la hegemonía del Mundo con solo abofetear á un embajador tártaro y romper varios huesos del tórax á sus salvajes agregados.

Por fortuna, los numerosos parientes de Don Oliverio XXIV de Bombón vivían muy cerca los unos de los otros en la capital; en Alambique, urbe algo descuidada y mohosa, pero de muy severa historia y enrevesados anales. A los malindranios les extrañaba mucho la unión de la familia de los Bombones, sus palacios á tiro de ballesta unos de otros; pero esta extrañeza nada tenía de particular, pues la misión de las ramas es dar sombra al tronco y vivir y resplandecer de su savia. Un si no es mamelucos, los tales malindranios fruncían las cejas al considerar cómo se les iba el dinero exiguo de sus presupuestos en sostener el lujo y la majestad de tal familia. Ignoraban la mucha gloria que otorga á una nación prosapia de tal naturaleza y el crédito que da en los países extranjeros una dinastía plétórica de autoridad y boato.

Llegó primero á Palacio el Príncipe de Latón Pedro Narciso Sebastián Rómulo Cleto de Bombón y Sófoles de Altura. Doña Casilda se arrojó en sus brazos, trémula de emoción. Sus lágrimas corrían por las mejillas. El gallardo Príncipe la consoló. Mas, enterado del asunto, quedó perplejo y pálido, buscando en su imaginación la razón de tan inesperado suceso. Su comentario fué éste, digno de tan privilegiada inteligencia como era la suya:

—¿No había indicio de tal decisión? Jamás me habló de ello, antes al contrario. Augusto Tomás le producía náuseas. Es diabólicamente obscuro todo esto y preñado de interrogaciones.

Más tarde llegaron la beatísima infanta Doña Ildegunda Gudula de Jesús, que encontró absurdo y monstruoso el caso, y la cuarta mujer del Príncipe de Latón, la hermosa Julia de Charinthon, Duquesa de la Tremailly, que, espantada, consultó con su marido. No tardaron mucho los otros dos hijos de Doña Casilda con sus respectivas serenísimas comprincesas, cuyos nombres y títulos ocuparían tres volúmenes, poco más que menos. Como una centella entró en el salón el infante Lucio Gualterio Rodolfo de Bombón. Se le informó al punto, y en sus ojos metálicos brilló un relámpago de indignación. Una sonrisa escéptica apareció en sus labios poco después. Sin duda, no creía que su pariente Don Oliverio llevara á puerto la nave. Más grave lo encontró el infante Bárbaro de Bavía

Luis Jorge de la Concepción de Bombón y Molpín, coronel de dragones, á pesar de sus veinte años de edad, sin bozo en los labios.

Doña Casilda reunió consejo y emitió su parecer. Debían llamar al Duque de Trévedes. Aprobado por todos, Agatocles apareció, lívido y luminoso, conducido del brazo por el apuesto coronel de dragones, que á duras penas contenía su furor. Media hora tardó en hablar el fiel Agatocles. La congoja le ataba las palabras con fuertes nudos. Por fin, expuso ante los príncipes estupefactos el mandato terminante de su soberano.

Los reales ojos se miraron con estupor. El mismo Agatocles fué encargado de pedir á Don Oliverio permiso para que su familia pudiera confiarle su determinación última.

Sombrio y varonil les recibió el soberano, sin la efusión candorosa que empleaba otras veces, sin las picardías amables que tan dulces cosquillas hacen en los oídos de sangre real algo mezclada. Don Oliverio, visiblemente conturbado, les afirmó su resolución, que nada tenía de peligrosa, según él. Y lo probó en pocas palabras, como hombre decidido á todo.

—Quería daros esta sorpresa. ¿Qué inconveniente hay en prescindir de mi Gobierno? Se escandalizarán los partidos como vosotros; pero ellos son los causantes de que el Pueblo no reconozca en su Rey un hombre de la época. Yo debo ser Oliverio XXIV de Bombón y no Oliverio V y VI. ¿Qué me importa saber que aquél conquistó en dos días la Malindrania ulterior y que éste robó en una noche setecientas doncellas del harem de Abul-bu-Amrú?

El infante Bárbaro de Bavía cambió con el príncipe de Latón una significativa mirada. Doña Casilda exclamó:

—Querido hijo, ¿no podrías intentar tus reformas sin hablar con ese hombre perverso, cien veces presidiario, aventurero de oficio? Tu antepasado Oliverio XIX perdió la corona por un tal Gosvindo, bien lo sabes. Tu mismo padre, testigo es Agatocles, por confiar en el Pueblo y hacerse popular, estuvo muchas veces á punto de morir.

Don Oliverio, sonriendo ya, exclamó:

—Habéis dado una gran importancia á una determinación que estoy en derecho de tomar. Debo consultar al Pueblo. Las Cortes no le representan. Estoy cansado de escuchar políticos de profesión y aurrúspices de capa y espada. Es necesario que yo hable con Augusto Tomás, es necesario.

—La Historia dirá eso, hijo mío.

—La Historia—respondió Don Oliverio á su madre—dirá lo que quiera. Un buen rey debe olvidar la de sus antepasados para que la de los venideros no le olvide á él.

Esta frase, leída en algún libro, exasperó á la real familia, que prorrumpió en rumores. No obstante, el joven Don Oliverio hablaba de buena fe y decía lo que sentía, al parecer.

—Oliverio IV—dijo el Príncipe de Latón—fué un gran rey; no creyó nunca deber dar alas al Pueblo, sin embargo. ¿Por qué tú, Oliverio, has de seguir otro camino, al cual nos empujas fatalmente? Un retroceso sería peor que ese acto...

—Príncipe, ves las cosas en la escalinata del Trono y no en el sillón de él como yo. Vosotros os diréis que yo he tomado mi resolución á causa de este libro que tengo en las manos. Este libro, madre mía, ha llegado á tiempo. Ese es el secreto de la eficacia de un libro; que el libro llegue á tiempo y prenda fuego á la estopa.

Mientras su familia le oía alarmada, Don Oliverio se oía á sí propio. Retozaba en su interior como un colegial á quien el maestro le encarga la escuela durante una ausencia. Por fin daba muestras de ser rey. Un rey debe serlo, más que en ninguna parte, en Palacio. El recordaba ha-

ber leído
gobierno
se opon
le enfu

Su es
para ad
blar con
ció mol

—M
Si algu
Cuando
dimento
es repu
si no fu
republic
medio d

El ase
milia al
Oliverio
ble que
Doña
mejores

y Mol-
s veinte

su pare-
s. Apro-
do y lu-
to coro-
enia su
l Agato-
on fuer-
cipes es-
su sobe-

apor. El
r á Don
pudiera

ano, sin
s veces,
s cosqui-
lgo mez-
bado, les
eligrosa,
as, como

inconve-
o? Se es-
os; pero
lo no re-
poca. Yo
no Olive-
que aquél
ulterior y
doncellas

ó con el
mirada.

tus refor-
erso, cien
Tu ante-
por un tal
re, testigo
y hacerse
de morir.
:
á una de-
de tomar.
no le re-
r políticos
spada. Es
Tomás, es

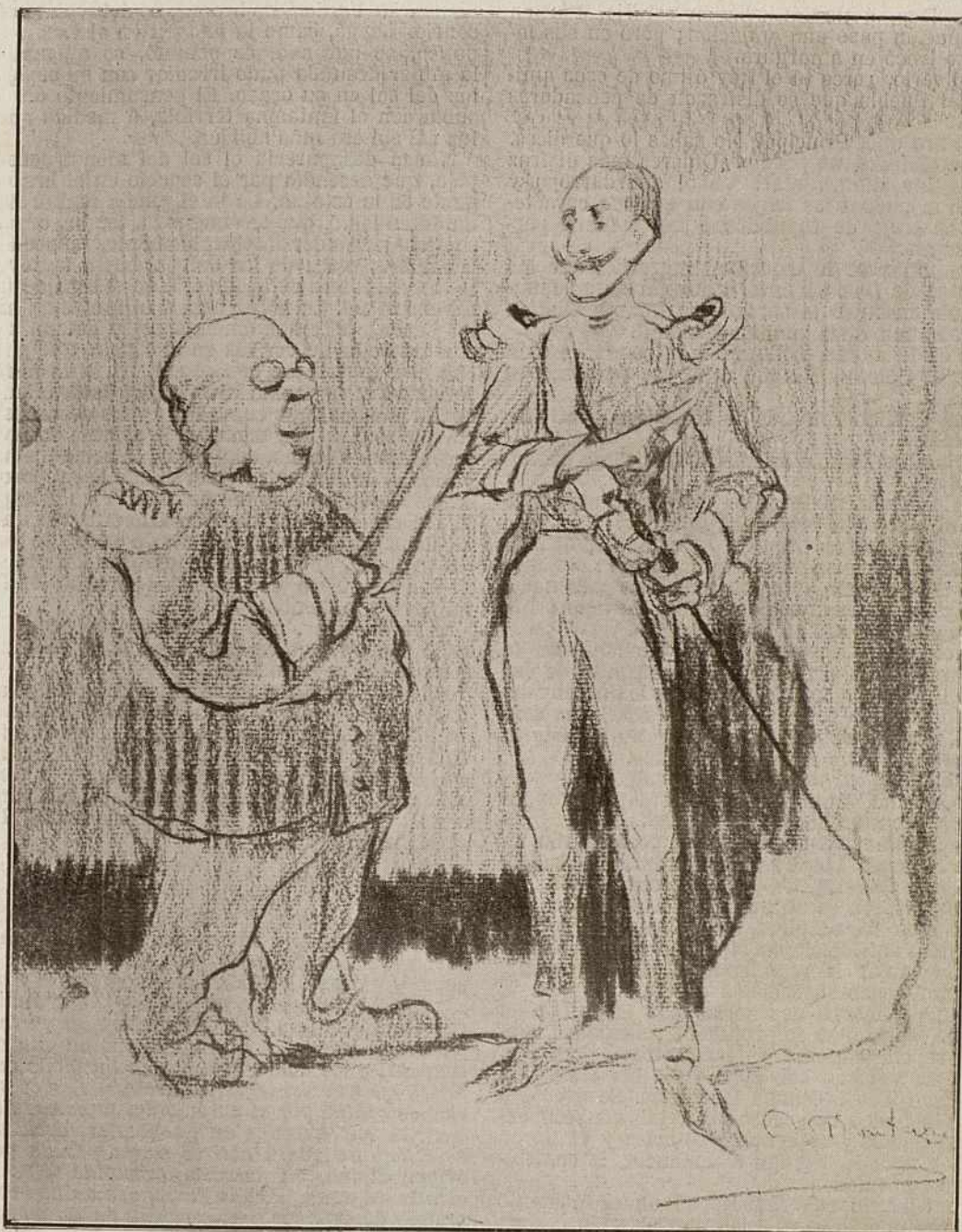
erio á su
rey debe
e la de los

esperó á la
mores. No
ablaba de
ecer.

Latón—fué
e dar alas
, Oliverio,
s empujas
r que ese

alinata del
, Vosotros
ón á causa
Este libro,
e es el se-
el libro lle-
pa.

a, Don Oli-
su interior
le encarga
fin daba
lo, más que
ordaba ha-



ber leído en alguna parte que *en todo país bien gobernado, el Palacio Real es un modelo*. Ahora se oponían recordándole los antepasados, y eso le enfurecía.

Su esposa Doña Tecla expuso tímidamente que para acercarse al Pueblo no era necesario hablar con aquel hombre malo. Don Oliverio pareció molestarse.

—¿Malo, Augusto Tomás? Es todo un hombre. Si algún defecto tiene, es ser joven como yo. Cuando se vale, el ser joven es el mayor impedimento; nadie se atreve á confesarlo. Tomás es republicano. ¡Y qué! ¿Acaso no lo sería yo si no fuera rey? Pero la cuestión es ser un rey republicano. Yo intentaré, y no tendréis otro remedio que ayudarme ó perecer conmigo.

El asombro impedía hablar á la numerosa familia allí congregada. Aquel joven no era el Don Oliverio indiferente, pasivo, abúlico y manejable que ellos habían conocido y dejado.

Doña Casilda recobró su ánimo como en sus mejores días, cuando vestida de riguroso luto

leía ante el Parlamento el discurso de la Corona. Extendió hacia él su mano, y dijo:

—Piensa bien que vas á destruir en un momento la obra de los Oliverios y que la Corte no podrá resignarse á seguirte en esa odiosa labor. ¿Vas tú, amado hijo mío, á restar á la nobleza sus privilegios, las prerrogativas de Oliverio XV y Oliverio XXI, las pragmáticas de Oliverio XVIII y XXII?

—La nobleza hará lo que yo la mande, madre mía, porque sin mí no podrá vivir. ¿No ha de convenirla mejor esto que exponerse á provocar la ira del Pueblo? Madre, bien sabéis que Condorcet pidió á la Asamblea Nacional en 1792 y obtuvo el decreto de anulación de los privilegios y títulos de los nobles, y que dos años más tarde fueron quemados públicamente en la plaza de Spignes.

Julia de Charinthon se sonrojó. Uno de los títulos quemados, por mano del verdugo, había sido el suyo. El príncipe de Latón miró al Rey con vehemente intranquilidad. O Don Oliverio

estaba loco, ó no tardaría en estarlo. Por su imaginación pasó una ambición; pero en sus labios se trocó en amargura.

—Oliverio, ¿eres tú el Rey ó uno de esos amigos del Pueblo que se disfrazan de pensadores para...

—¿Para qué, Príncipe? No sabes lo que dices. No me disfrazo, no puedo. ¿Quieres más disfraz que la investidura real? Ve al guardarropa y cuenta si puedes los trajes con que me caracterizo. El traje de republicano me sentará perfectamente.

Para expresar la emoción progresiva que las palabras de Don Oliverio causaban en su familia, sólo encontró la serenísima infanta Gudula de Jesús una frase sibilina y monjil.

—Dios te ayude, Oliverio. Nos conduces á la ruina, al ridículo. Ningún soberano aprobará tu conducta.

Doña Casilda refrendó la frase con senil impetuosidad.

—Ni aun el Pueblo mismo. Malindrania es monárquica.

Don Oliverio se levantó y accionó, aspeando en el aire con sus brazos larguísimos.

—¡Malindrania! Oliverio X, *el Sabio*, debía recordar, tiene en sus obras un canto: el llanto sobre Malindrania, que parece escrito para nuestro siglo. Malindrania no es feliz. Yo quiero hacer de ella una nación fuerte y bella.

—Nosotros —sentenció Doña Casilda— no te ayudaremos en esa obra. Desmenuzarás de ese modo la Monarquía, al ponerla en las manos del Pueblo. El Ejército y la Iglesia se rebelarán contra ti. Vuelve sobre tus pasos y no dividas la nación en crueles guerras intestinas.

—Vosotros, no yo, tendréis la culpa.

—Sea como tú quieras, hijo mío. Apresuras mi muerte. Me marcharé á mi país y...

Las lágrimas de Doña Casilda ocasionaron un llanto general. Los Príncipes é Infantes rodearon á Don Oliverio, tratando de convencerle. Parecía la víspera de un destierro. Los sollozos entrecortados, los suspiros, las frases rotas por los lamentos, entristecieron el ánimo de Don Oliverio. Su mujer le rogó compasión. Fieramente impuso á todos su decisión absoluta.

Cuando paseaba dos horas más tarde por su Parque, abrumado de profundas reflexiones, sintióse repentinamente enfermo. Zumbaban sus oídos, se velaban sus ojos, y en las sienes un recio martilleo hinchaba las venas. Se acercó á un bello banco de piedra roja, labrada con exquisito gusto, y se sentó. Agatocles y el Barón de Flor, que le seguían á distancia, le contemplaban con miedo.

Don Oliverio experimentó en aquel momento esa gran confusión que los mortales sin corona llaman examen de conciencia. La tranquilidad del crepúsculo, la suavidad diáfana de la luz que obscurece por grados, la arboleda y sus aromas, el rumor apacible de la fuente que tenía ante sus ojos, le adormecieron en la meditación de sus destinos.

La Venus del surtidor le sugirió una visión fantástica. Era aquella Venus de bronce una estatua famosa, magníficamente vaciada á la cera perdida por los procedimientos de Cellini. Las curvas del cuerpo de la mujer tienen un suave deleite en el bronce, porque la luz se polariza, recorta los contornos, entona las morbideces negras, enjuga las asperezas del metal y refleja una fascinadora silueta de cuerpo sobrenatural, sin espíritu, de una materia virgen y cruel, sugedora de encantos y goces desconocidos. Don Oliverio gustó excesivamente de la contemplación. La estatua vaciló, resbalando por la concha de tortuga que la servía de plinto, y el espejo de su diestra se agitó como una antorcha. El Rey abrió sus brazos, y, extendiéndolos en la arista del banco, quedó en éxtasis ante la aparición ra-

diente. La Verdad, de bronce, se detuvo ante él y sonrió. Luego, como la imagen en el espejo hipnótico, se agrandó, se esfumó, se agigantó, y la mujer desnuda pudo irradiar con su espejo la luz del sol en su ocaso. El pensamiento del Rey subía con el fantasma terrible, á medida que la luz del sol era más oblicua.

Nunca desaparecía el sol del monstruoso espejo, que ascendía por el espacio en el brazo gigante de la estatua. La inteligencia real ardía en un deseo lento, que era angustia, temor, orgullo; sentíase ascender implacablemente, más allá de las nubes, cerca de los astros, hasta lograr ver la masa enorme de la luna. Y en el espejo nunca faltaba el sol. La noche cubrió al fantasma hasta los senos y el entendimiento regio flotaba sobre ella sin dejar de ver luz en el espejo, que giraba con el sol, siempre con el sol, hasta la aurora. Entonces el fantasma disminuyó, descendían las sombras nocturnas como las aguas de un estuario que se deseca, y con ellas la estatua de bronce recobraba su forma, sus líneas, la armonía curva y blanda de la mujer, la caricia de la proporción, embeleso de los ojos del hombre. Y en el espejo, la luz del sol siempre. Don Oliverio vió que la efígie negra reposaba de nuevo sobre la valva del molusco, enhiesto el espejo centelleante.

—¿Qué quiere decir esto?—pensaba el Rey, fatigado y ardiente.

Y en su alma, con insistencia tenebrosa, brillaba aquel espejo en cuya luna se quebraban en chispas los rayos del sol.

No pudo explicarse qué significaba aquella dilatación del bronce, de la Verdad esfumándose en el espacio, salvando alturas hasta llegar al sitio de la luz eterna. Y volviendo á Palacio, pensó que su preocupación de imponer la verdad á la Corte le había sugerido aquel delirio imponente. Sin embargo, no lo interpretaba bien. ¿Qué sería?

II.—Augusto Tomás

Cuando Augusto Tomás quería describir la persona sagrada é inviolable del Rey, lo hacía así: *Figuraos un joven alto, de textura nerviosa y aspecto apacible, en cuya frente amplia escribió la Naturaleza la palabra frágil. Amasado en una cara simpática una nariz que quiso ser aguileña, é indudablemente lo fué en sus antepasados, y los labios abridos de tal modo que el inferior se adelanta imperiosamente y el superior se cohibe por el empuje del maxilar. Ahora bien; si sois letrados en fisonomías, decidme si este hombre podrá con la carga pesada de su origen divino, su persona inviolable y su conciencia sagrada. Podéis medir ese cráneo con el ángulo de Camper ó el occipital de Daubertson: siempre os dirán que hay muy poca voluntad debajo de aquellas excéntricas líneas, mucho rostro para tan poco cráneo, excesiva quijada para tan ruin cerebelo y vértice reducido. Si el examen no os satisface, preguntad á los ojos, y ved si, en la escala de los matices del iris, Bertillon catalogó los de Don Oliverio. Si todavía dudáis, reparad en los lóbulos de las orejas, y si esto no es concluyente, trazad una línea ideal desde el bulbo raquídeo al mentón; cortadla con otra perpendicular, tangente al extremo de la nariz, y consultad las fórmulas frenológicas. Si os atrevéis á decir esto y os encarcelan, podéis contar con estos dos argumentos míos: primero, si los reyes tienen derecho á imponer á sus súbditos la ley de la Corona hereditaria, los súbditos tienen el deber científico de comprobar la ley en el sujeto; segundo, si los reyes tienen el derecho divino de su inviolabilidad, los súbditos tienen el deber de buscarle, midiendo los ángulos rectos ya descritos. Si el Juez no se complace, sacad una fotografía de Don Oliverio y decidle: Amigo, este joven es un perfecto hombre;*

pero du
tino de t
Cuand
se moles
cribiera
capaz de
ser un p
daré fus
En tar
Don
cles. Aug
en la e
alemaniz
sin clien
muy cur
gusto To
—Su M
que—, n
particula
August
tupefacci
través de
los de Q
—Un ta
curioso
to Tomás
—Trata
—¡Diah
Estado?
—Quier
—¿Y su
marillas,
—Su M
traeros e
rable cor
August
juelos co
ocupación
—Bier
Don O
presentó
ya la noc
partieron
de ellos,
frio de ac
A pesa
Tomás si
en la su
Entonces
nética qu
gía positi
ligencia,
manos de
rasitismo
disciplina
con aque
vecería co
sas, espe
Don Oli
; Todo un
plador d
mano á
de reyes,
litos de o
Agatoc
un sumill
tablecimi
gestos de
zadas, qu
Don Olive
su enorm
destello d
felicamen
sano ago
pecho, to
preguntó
Los rey
á tutear á
biar ese h
tades; per
cepción:

pero dudo que pueda contener su cerebro el destino de treinta millones de vasallos.

Cuando Don Oliverio leyó lo que antecede, no se molestó y mandó que le entregaran cuanto escribiera Augusto Tomás. Había dicho:—Yo soy capaz de demostrar á este hombre que puedo ser un perfecto Rey moderno. Después le mandaré fusilar.

En tanto, llegaron los días que historiamos.

Don Oliverio envió su embajada con Agatocles. Augusto Tomás le recibió con indiferencia en la cervecería del Elefante, establecimiento alemanizado que tenía la cualidad de sostenerse sin clientes, con su propia cerveza. Esto era muy curioso, tan digno de Malindrania que Augusto Tomás había allí plantado sus reales.

—Su Majestad—dijo ceremoniosamente el Duque—, me envía para rogaros una entrevista particular.

Augusto creyó soñar y miraba con cierta estupefacción la conocida cabezota del palatino, á través de sus grandes lentes de aro negro como los de Quevedo. Sonriente contestó al Duque:

—Un tan inmerecido honor me conmueve. Será curioso saber qué desea Su Majestad de Augusto Tomás.

—Tratar de un asunto muy grave.

—¡Diablo!... ¿Y su Gobierno, su Consejo de Estado?...

—Quiere prescindir de ellos.

—¿Y su madre, su numerosa familia, sus camarillas, sus...?

—Su Majestad desea hablaros y mi misión es traeros ese real deseo y llevarle vuestra honorable contestación.

Augusto Tomás limpió suavemente sus espejuelos con el pañuelo, signo de muy grave preocupación en los míopes.

—Bien; decid á Don Oliverio que...

Don Oliverio, acompañado de Agatocles, se presentó en la cervecería del Elefante, cercana ya la noche. Varios hombres misteriosos se repartieron por las mesas y, en las puertas, dos de ellos, preocupados y avizores, desafiaban el frío de aquella tarde de lluvia.

A pesar de sus ideas democráticas, Augusto Tomás sintió una extraña satisfacción al recibir en la suya la mano huesosa de Don Oliverio. Entonces comprendió cuánta no es la fuerza magnética que despierta de sí la institución real; energía positiva que, en poder de una formidable inteligencia, puede traer la felicidad á un país, y en manos de una entelequia, las tragedias del parasitismo palatino y la impotencia disfrazada de disciplina. Augusto, sencillo y grave, respetuoso con aquel rey que se dignaba venir á una cervecería como los reyes de las leyendas holandesas, esperó á ser interrogado.

Don Oliverio estaba encantado de su rebeldía. ¡Todo un Don Oliverio de Bombón, con el resplandor de una ascendencia secular, hablando mano á mano con un revolucionario, enemigo de reyes, perturbador, reo de innumerables delitos de opinión!...

Agatocles acercó al Rey el bock con el gesto de un sumiller. Si las sombras no envolvieran el establecimiento, se hubiera podido observar los gestos de aquellos tres rostros, sus sonrisas forzadas, que eran un poema bellísimo de sarcasmo. Don Oliverio era el más sincero de los tres; en su enorme boca aparecía su decisión con un destello de veracidad. Augusto sonreía mefistofélicamente, y en los labios exangües del cortésano agonizaba una mueca de dolor y de despecho, tocada de servilismo aromático. El Rey preguntó á Augusto Tomás:

Los reyes de mi Dinastía, han acostumbrado á tutear á sus vasallos y yo no he querido cambiar ese hábito, que tanto familiariza las voluntades; pero quiero hacer en honor á vos una excepción: ¿tendréis la bondad de permitirla?

Agatocles sentía correr por su medula muy malas ideas al galope. ¿Era aquel hombre el veinticuatro rey de los Bombones ó un demente? Augusto observaba al Rey en silencio reflexivo.

Don Oliverio volvió á preguntar:

—¿Creéis que sea posible en nuestra época un rey republicano?

Augusto suplicó al Rey le pusiera en más antecedentes. El Rey bebió con deleite y Agatocles apuró la doble amargura también. Don Oliverio dijo algo parecido á esto:

—Quiero deciros: si un rey, después de graves meditaciones, encuentra á su país en estado revolucionario, ¿debe ponerse al frente de ese movimiento ó debe contrarrestarle?

Augusto Tomás rogó de nuevo más profundas razones y alegó modestamente su incompetencia. Don Oliverio se impacientó un poco. Los reyes están acostumbrados á su yo categórico y preguntan ó resuelven definiendo. S. M. redujo su pensamiento á las proporciones pedidas por Augusto, quien pudo apreciar el enorme trabajo intermental que costaba al soberano esta sencilla labor reflexiva.

—Un Rey se convence de que su Pueblo es republicano en sus dos terceras partes por lo menos; se convence, además, de la esterilidad y parasitismo de la Nobleza.

—Señor—interrumpió, ingenuamente, Augusto—, ¿un Rey, puede convencerse de eso?

Agatocles se le hubiera comido vivo. ¿Era ese el modo de hablar con su Soberano? Y no pudo resistir un gruñido, que Augusto comprendió perfectamente, y le hizo sonreír.

Su Majestad afirmó con sencillez deliciosa:

—Yo, durante mucho tiempo, he observado que Malindrania esperaba de mí actos de suprema energía, que me era imposible realizar, y á los cuales se oponía, más que nadie, mi mismo Gobierno. Malindrania sin vida propia, agostada, concluyó por no fijarse en mí, y se lanzó á un estado anárquico, disoluto é indisciplinado. Malindrania se descomponía visiblemente como Nación, y en el propio centro de mis Estados, en Alambique, los diputados republicanos triunfaban. Entretanto, yo leía vuestros escritos, y confieso que me interesaron. Teníais mucha razón. El Pueblo no era antidinástico, ni antibombónico; era sencillamente protestante, se revelaba contra su misma descomposición, de la cual era él el mayor culpable.

—Cierto—afirmó Augusto.

Agatocles hubiera dicho el único; pero calló á tiempo.

—Yo entonces pensé que, dando la razón al Pueblo, podría intentar su unión, la unión de los rasgos de estirpe, de sus caracteres, de su genio, disperso en fragmentos. Y así lo propuse en los Consejos; pero mi madre se opuso resueltamente y la Nobleza me trazó mi conducta de tal manera, que sólo me quedó el recurso de cazar y oír lo que contra mí escribían todos, y más que ninguno, vos mismo. Vuestro libro *Lo que es un Rey* es una joya. Sin alabanza os digo que merecíais serlo.

Augusto Tomás se conmovió. Era ciertamente conmovedor oír hablar así á un Rey á quien él mismo llamara sordo y mudo. Además, los elogios en boca del Rey tienen un irresistible encanto y un sello de infalibilidad embriagador. Augusto objetó:

—Señor, mi libro es una repetición inícuca, una enojosa labor. De nada se ha hablado más que de los Reyes. La Historia misma, con gravísima falta, de nada se ocupa sino de ellos. Parece que la Humanidad sólo vive por ellos y para ellos. Una vez más afirmaba yo que el Rey era innecesario como rey. Esto puede decirse de muchos modos; yo opté por el más expedito y el más peligroso, que era dirigirme á vos mismo.

—Y habéis hecho bien.

—Sí, pero me ha costado muy caro. He perdido muchas cosas en ese duelo contra vos y en el espacio de muy poco tiempo.

—Sé que os han encarcelado.

—Muchas veces; pero eso es lo de menos.

—¿Y qué habéis perdido?

—En primer lugar, la vista...

Los camareros encendieron los mecheros de gas, y bruscamente, aquellas tres interesantes fisonomías, aparecieron iluminadas. Agatocles miró á Augusto Tomás, en cuya gran frente una arruga cruel labraba un surco profundo entre los frontales y las cejas. Don Oliverio encontró al revolucionario fuerte, hermoso y noble. En sus ojos negros, la juventud y la verdad luchaban contra la miopía, que él definía con tierna y amarga frase:—*Es—decía—la miseria de la Raza. De tanto buscar en su carroña la verdad, se ha subido ésta á los ojos y me dejará ciego.*

—Y en segundo lugar—añadió Augusto—, una mujer.

Don Oliverio se interesó, quiso saber alguna cosa; pero Augusto Tomás despejó su frente con la mano, apartando un fantasma que, sin duda, se enroscaba en ella y le oprimía. Continuó:

—Habéis dicho, señor, que mis ideas despertaron en vuestra alma el sentimiento de vuestro poder real. Mi intención no fué esa. En mi libro *Lo que es un Rey* demostré la imposibilidad de que un Rey responda á las necesidades morales de un Pueblo, porque él mismo es una grande inmundicia.

Agatocles rugía; pero Don Oliverio sonrió, y dijo:

—Tenéis razón. Bjoernson dice algo más. ¿Me creeríais si os confesara que hace muy pocos días, leyendo *El Rey*, del poeta noruego, pensé abdicar? Aquel Rey se suicida; mas este final trágico es un lunar en obra tan bien discursada...

—No lo creo yo así. Perdonadme si lo que vais á oír os ofende...

—¡Oh, no, no! Si yo busco eso... si yo deseo sinceridad, verdad. Estoy sediento de alma, de verdadera alma.

—Quería decir que *El Rey*, de Bjoernson, es un símbolo. Se equivocó, esperando fundar una Monarquía republicana, y al comprender su error, se suicidó. Si Luis XVI se hubiera suicidado, no se avergonzarían hoy los Reyes de él. No tuvo valor, no era hombre; prefirió morir en la guillotina, y puso en ridículo el derecho divino de los Reyes. Desde ese día, el Pueblo sabe una idea terrible: que el Rey es de carne y hueso como él, y le desprecia.

Don Oliverio, tímidamente, y entristecido por el recuerdo, preguntó:

—¿No creéis en una Monarquía republicana? Si yo dijera al Pueblo:—*Sé que te puedes gobernar; pídemle reformas y las decretaré sin discutirlo.*—¿Me escucharía?

—No. El Pueblo se extrañaría, recelaría...

—¿Ni aun renunciando yo á mi lista civil...?

—Aunque toda vuestra familia renunciara á ella y vivierais de vuestros fondos depositados en el extranjero. El Pueblo teme actos de esa naturaleza. ¿No decís que le habéis estudiado?

—Sí, con verdadero interés.

—Vuestro, no de él. El Pueblo malindranio está á punto de perecer, víctima de su vagancia y de su anemia espiritual. Sólo un cataclismo le devolvería el funcionamiento de sus órganos. Su genio de raza es un mito. La verdad es que se muere por consunción, por abandono, por...

—Por causa nuestra.

—Más que de nadie. Ellos han podido un día hacer á su Pueblo feliz renunciando la corona. Vuestro abuelo, vuestro mismo padre; en vos ya no es un remedio ese acto generoso. El Pueblo se reiría.

—¿Se reiría el Pueblo?

Agatocles se intrigaba por momentos. La con-

versación tomaba un rumbo ignorado y escuchó con angustia:

—El Pueblo se desmoralizaría más de lo que está cuando le dierais la razón, y se mofaría de la Corte, de la Nobleza y de los Gobiernos, que por otra parte os negarían ayuda. De esa mofa no podríais libraros seguramente, y caería vuestra corona entre la rechifla universal.

—Entonces no os agrada mi idea de gobernar con el Pueblo.

—Es tarde ya. Los malindranios necesitan la revolución no para arrojaros del Trono, sino para que la revolución produzca hombres nuevos. Sólo en esa matriz hay colosos y simientes de cedros.

Aunque hablaba en voz baja Augusto, Don Oliverio sintió en la voz de aquel joven singular un aplomo sangriento y una luz metálica. Vibraba en el aire como un flúido precipitado. El Rey pronunció tranquilamente la palabra *revolución*.

—Revolución—añadió Augusto Tomás—que puede teneros sin cuidado, porque no hay asomo de ella. Tal vez es tarde, tal vez es temprano. El Pueblo la presiente, mas parece no quererla.

—Hablaís de un modo raro. Antes comprendía; ahora, no.

—Temo haceros perder la paciencia ó abusar de ella. Quiero decir que vuestra decisión caería en el vacío, lo cual no es decir que renunciéis á intentarla. Cuando el Pueblo lleva ya algunos años creyendo que no os ocupáis de él, verá que se equivocaba, y esa equivocación le tendría sin cuidado.

—¿Qué debo hacer? Yo amo á Malindrania.

—Lo ignoro, señor, ni os aconsejaría yo jamás. El Rey no existe para mí, no ha existido nunca. Cuando os he combatido ha sido en nombre del Pueblo, que cree en el Rey, pues le teme. Yo sé muy bien lo que los reyes piensan de sí mismos y lo que yo pienso de ellos. Si me preguntáis esto último, os diré...

—¿El qué?

—Que Don Oliverio XXIV de Bombón ha nacido en mala época, en una época sombría. Si trabaja en la resurrección espiritual de Malindrania, perderá el tiempo como antes. Sobre él pesan veintitres Oliverios; le será imposible prescindir de ellos.

Agatocles y Don Oliverio se miraron. Don Oliverio expuso:

—He prescindido. Soy joven y me rodearé de almas esforzadas, nuevas, valientes; contribuiré á una revolución de la estirpe y renunciaré á la corona después.

—¿Dónde encontraréis esas almas?

—En vuestro partido. Las hay.

—No las hay.

Notó Don Oliverio que Augusto Tomás sufría horriblemente. El, en cambio, se afirmaba más en sus ideas, excéntricamente sublimes; se comprendía arrastrado por ellas.

—Si las hubiera, señor, no se pondrían nunca á vuestro lado. La revolución no se entiende en Palacio más que como algarada, una desnivelación de los planos del orden. La revolución que necesita Malindrania es otra cosa. Si estallara, prescindiría perfectamente de vos, no iría contra vos.

—Sí; entiendo vuestra revolución; pero yo puedo ofrecer al Pueblo un remedio inmediato, práctico y resonante.

—Os crearían loco.

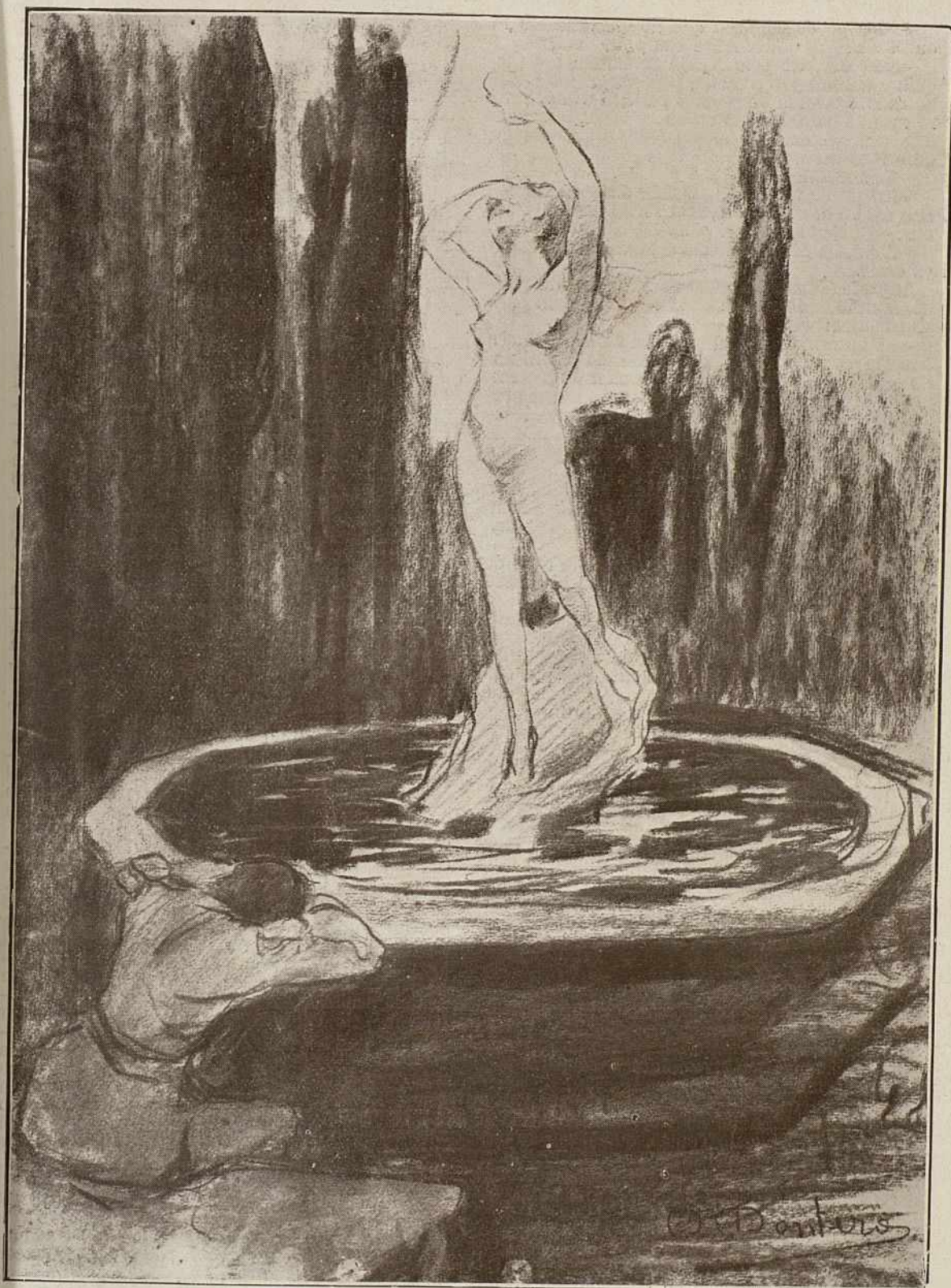
Agatocles estaba espantado. Augusto Tomás era realmente hombre de una pieza. Su convicción y su civismo maravillaban al palatino por momentos.

Don Oliverio se desconcertó un poco. ¿Tendría razón Augusto?

—Entonces, si yo nada significo, si no puedo traer el bien ó el mal, ¿por qué me combatis?

—Por es
todo y el n
argamasa
y un dique
sombra. U
contestació
espacio.
—Eso es
poeta como
—Bjoern
pero Shako
creó reyes

escuchó
 lo que
 aría de
 os, que
 a mofa
 a vues-
 bernar
 itan la
 , sino
 s nue-
 nientes
 on Oli-
 ular un
 ibraba
 ey pro-
 ión.
 — que
 asomo
 prano.
 ererla.
 mpren-
 abusar
 caería
 nciéis
 algunos
 rá que
 ría sin
 nia.
 yo ja-
 xistido
 a nom-
 teme.
 de sí
 pre-
 ha na-
 ría. Si
 lindra-
 él pe-
 e pres-
 on Oli-
 aré de
 istribuiré
 ré á la
 a más
 e com-
 nunca
 de en
 nivela-
 on que
 allara,
 contra
 ro yo
 ediato,
 Tomás
 onvic-
 o por
 ¿Ten-
 puedo
 is?



—Por eso. Porque un rey es el sí y el no; el todo y el nada desmesuradamente enlazados con argamasa endemoniada de siglos; un obstáculo y un dique; un faro y un escollo; la gloria y la sombra. Un rey es una interrogación infinita sin contestación posible, porque ella sola ocupa el espacio.

—Eso es poesía. Bien se conoce que sois un poeta como Bjoernson.

—Bjoernson conoció bien lo que era un rey, pero Shakespeare lo enseñó. Sólo Shakespeare creó reyes de carne porque logró hacerlos sin

alma. Un rey es algo absoluto, algo inmóvil, algo trágicamente quieto. Bjoernson tuvo que matar á su *Rey* porque soñaba demasiado en su eficacia posible. Un rey, para serlo, ha de mostrarse hierático, luminoso, terrible y ceñudo. Lo cual demuestra que hubo un tiempo en que fueron necesarios. El hombre los inventó porque le hacía falta un dios humanizado que pudiera mentirle las cualidades de Dios reducidas á su ideal práctico.

Don Oliverio escuchaba á Augusto con impaciencia. El era Rey y no sentía en sí nada de eso.

Ayuntamiento de Madrid

—Pues yo os confieso que no experimento lo que decís. Soy un hombre como los demás.

—Sois Don Oliverio XXIV de Bombón. Si os quitan ese número romano, ¿qué resta? Un joven de más ó menos capacidad para la vida. Pero el grande error de los reyes es creer que pueden, despojándose de su dignidad, seguir siendo de origen divino.

—Concretémos.

—No puede ser. Es imposible decir al Rey:—*Haz esto*. Por otra parte, no es fácil decir al Pueblo:—*Tu Rey quiere ser gobernado por ti*.

—Supuesto eso, no amáis á Malindrania como yo creía.

Augusto Tomás se puso repentinamente pálido, mordió con fiereza sus labios y dijo con pausa solemne:

—Si no amara á Malindrania viviría dichoso á solas con mi espíritu liberado de mentiras. Por ella he perdido la paz de corazón y en plena juventud pienso como un viejo. Por ella me preocupo de la palabra *rey* y he sufrido persecuciones. Por ella perdí lo único que he amado en esta vida con amor humano, una mujer. ¡La Patria!... bello ideal; pero...

—No, no la amáis. En vuestros libros deseáis la lucha, tenéis fe, animáis al Pueblo. El mismo Rey viene á buscaros y á deciros:—*Laboremos por Malindrania*. Y lo rechazáis.

Los ojos de Augusto se clavaron en la cara de Don Oliverio, que tantas veces había retratado en sus palabras, y le dijo:

—Porque amo á Malindrania he escrito contra el Rey. Don Oliverio es un hombre; pero el Rey es Rey. El Rey puede venir á mí en nombre del Rey, mas de ningún modo en nombre de Don Oliverio. Los reyes tienen esa grave defensa que los torna infalibles é inviolables como un Papa. Pueden en un momento ofrecer las dos caras como Jano, según sea necesario. Cuando los jueces me condenaban por delitos de lesa majestad, me proponían ese argumento para demostrarme su justicia. Decían: *Al criticar los actos de Don Oliverio, habéis ofendido á S. M.; al discutir al Rey, habéis denigrado á Don Oliverio*. Lo mismo os digo yo ahora. Y aun podría añadir esas palabras que llamáis poesía, pero que son la única definición posible de un Rey. En una palabra, Malindrania os conoce por el XXIV de la Dinastía de los Bombones; no seréis nunca para ella otra cosa que un Rey más y un hombre menos.

Agatocles, rojo de estupor, oía aturdido. Don Oliverio, recobrado su imperio, se ensoberbecía á medida que su persona era discutida y casi anulada en el argumento laberíntico de Augusto. ¿Qué importaba su investidura ó su persona y cómo podrían no darse juntas?

La suerte estaba echada. Malindrania sabría pronto la decisión de su Rey. Don Oliverio lo anunció así á Augusto Tomás, quien, por su parte, de pie, frío, correctísimo, dominando con su inteligentísima cabeza la osamenta del soberano excéntrico, se despidió de S. M. con estas palabras:

—Sólo un milagro puede salvar á Malindrania; ese milagro es una revolución y esa revolución parece imposible. Aunque renunciarais á la Corona, el Pueblo seguiría en su hedionda pasividad é impotencia. Debe ser curioso el espectáculo de Malindrania desde Palacio, cuando sinceramente habéis creído que eraís algo más que Rey de un Pueblo muerto al pie de él.

Don Oliverio estrechó su mano, afirmándole:

—Esa revolución la provocaré yo desde Palacio y mi primer acto será el día de la imposición del Collar del Gato Imperial. Yo os demostraré que puedo conducir á Malindrania á una resurrección gloriosa. Si para ello es preciso que acabe en mí la Dinastía, acabará. Podéis anunciar á los cuatro vientos esta entrevista.

Augusto Tomás, sonriente, muy pálido, murmuró:

—Nadie debe saberla y V. M. haría mal en publicarla.

Los tres personajes se despidieron ceremoniosamente.

Don Oliverio dijo al Duque de Trévedes:

—Me había equivocado. No es hombre de gobierno, es un poeta.

Augusto Tomás se confirmó á sí mismo:

—Ese homrecillo será el último Rey de la Dinastía de los Bombones y sus locuras prometen ser curiosas y trágicas. Ya era hora.

Luego, pidiendo ajenjo argelino, escribió una larga carta.

II.—Variaciones sobre un baile de Corte

I.—Doctrinal del perfecto cortesano

Si á la Condesa de Airón, Baronesa del Pompon, señora de las Villas de Zás, Miau y Terebinto, Dama de honor de Doña Casilda de Besavia; si á esta poderosísima señora la hubieran quedado dos dientes por lo menos, seguramente que los hubiera hincado en la carta que acababa de leer, con el gesto de Fulvia picando la lengua de Cicerón con su fíbula de nácar. Tres veces leyó la carta, tres veces la volvió á leer y no acertaba á tomar una resolución. Esto sucede en la vida con mucha frecuencia, pues cuando más necesaria es la razón, la razón brilla por su ausencia. De no ser así, ¿cómo Doña Francisca de Torrepocha no hubiera ya enganchado su coche y volado al Real Palacio? Pero, como decimos los malos escritores, la carta era un imán que la retenía allí esclava de un asombro tan grande, que no sintió llegar á Julita.

Es muy difícil, cuando no se tienen lágrimas, llorar. Doña Francisca gesticulaba horriblemente, víctima de su dolor. Julita se acercó y la paz con ella. La Condesa se calmó instantáneamente, y su cara se despejó de nubes, herida por el sol de la mirada de Julita. Esta arrancó la carta de las manos de su tía, y leyó. Su lectura la produjo una explosión de risa.

Julita era de una esas jóvenes que sólo Shakespeare pudo describir, y que nosotros, para enaltecerlas, recargamos de colorines y visajes. El gran poeta, con su sobriedad, hubiera hecho de Julita un tipo de mujer, al pie de la cual se leyerá: *claridad*. Su rostro no era hermoso; ni su cuerpo, divino; era la claridad; la luz, diluida; el sol, en el aire, no en el astro. Con su vestido sencillo, sin adornos, su rostro sin afeites, su pelo sin postizos, sus gracias sin una mueca, cualquiera otra mujer habría desilusionado. Severa y fácil, producía la sensación fuerte de la mujer. Era eso: una mujer. En sus orejas no había aros, ni oro en sus dedos, ni ajorcas en sus muñecas, ni vidrios en su cuello, lo que no impedía que su carne dijera su canción pícará y la vida bullera en los senos, y resbalara por las caderas é hinchara dulcemente los muslos, y trazara las curvas violentas de las piernas con ese rasgo sublime que Miguel Ángel, sin levantar el lápiz, convertía en un cuerpo de mujer. Julita, dueña de sus gracias, las cuidaba, sin echarlas á perder. En Palacio, las damas no la querían; las hacía el efecto de un poco de aire fresco que, introduciéndose en el descote, las obligara á un incorrecto y plebeyo estornudo. Cuando su tía la llamaba para encargar ropas á los modistos de París, Julita escandalizaba á mademoiselle Mimi Lafayette con sus risas y sus bromas. Esta distinguida confeccionadora de mujeres artificiales había dicho, horrorizada, á la serenísima infanta Doña Hipatia de Lorén y Toli, una de las damas feas del Universo:

—¡Oh, señora! ¡Si supiera Vuestra Alteza lo que piensa de la moda de este otoño la sobrinita de Doña Francisca de Torrepocha!



—Alguna vulgaridad— respondió en francés la Infanta.

—Dice que esos vestidos se parecen á Don Oliverio de Bombón en que, si bien se miran, no tienen de vestidos más que el nombre; y si se miran mal, aun el nombre les sobra.

Esta frase valió á Julita una mirada despreciativa de la Infanta y un fuerte beso en la mano de Don Oliverio, que por aquellos días comenzaba á dar indicios de un republicanismo grotesco.

La sobrina de la Condesa de Airón acompañaba á Palacio á su tía los días de servicio y recepción. Disgustábala en extremo la atmósfera odiosa de Palacio, cargada siempre de electricidad, en forma de aspiraciones terribles. Había observado que, al entrar en Palacio, los hombres perdían su figura de hombres para adoptar formas extrañas, y las mujeres aparecían radiantes, como hombres perfectos. La intriga estaba desprestigiada; pero se había sustituido con una adulación descarada y grosera, tan vacía, que Julita vomitaba en casa las conversaciones y escenas de Palacio.

Era famosa su réplica á Agatocles. Este palatino la había enjaretado uno de sus cumplimientos, que consistían casi siempre en sonoras tonterías, aprendidas de memoria. Julita le contestó:

—Duque, indudablemente, lo que me habéis dicho, lo oísteis en algunas de las cacerías de Chantilly, en tiempos de Luis XVI.

Agatocles se vengó, descubriendo á Don Oliverio el secreto de que Julita tenía un querido. Este caso imprevisto le hizo tanta gracia á Su Majestad, que conversó sobre él tres semanas con todos los cortesanos é hizo apuestas por descubrirle, sin otro resultado que mover el capricho del joven Marquesito de los Tres Riñones, Laureano Priscilio Heraclio del Valle de Aram. Don Oliverio y el Marqués cruzaron dos gruesas cantidades; la cuestión era esta: Julita aceptaría la declaración del Marqués en el plazo de tres meses, plazo improrrogable, que terminaría el día mismo de su entrada en la Imperial Orden del Gato de Oro.

Uno de los párrafos que mayor angustia causara á la dama de honor de Doña Casilda, y risa más franca á Julita, decía así:

—Don Oliverio se ha vuelto rematadamente loco. Parece ser que, leyendo mi obra, *Lo que es el Rey, y el Rey, de Bjoernson*, ha dado en la curiosa manía de gobernar exclusivamente con el Pueblo y para el Pueblo. Ahora mismo acaba de hablar conmigo en la cervicería del Elefante. ¿No os asombra, odiada señora, que

todo un Don Oliverio venga á una zahurda, envenenada de alcohol, para hablar con el hombre á quien tanto daño le hicisteis? Podéis estar tranquila. Don Oliverio se arrepentirá á tiempo y mi pobre Pueblo no presenciara el único espectáculo que le falta para enloquecer total y fatalmente. No obstante, queda demostrado que Don Oliverio.....

Julita ayudó á subir en el carruaje á su tía, conmovida hasta los huesos y nerviosa como en sus años mejores. No acertaba á hablar. Julita seguía riendo; un mal psicólogo hubiera notado en aquella sonrisa algo desagradable y amargo como el acibar; pero, afortunadamente, el porteroso, que metió la cabeza en el coche para pedir una limosna, no era psicólogo, y no pudo apreciar que en los ojos negros de Julita había un reflejo turbio, como el que produce en la pupila la evocación de un doloroso recuerdo lejano.

Mientras el coche rodó por las destartaladas calles de Alambique, la Ciudad-Letrina, Doña Francisca no dejó de suspirar. Julita intentó en vano convencerla. Según la suntuosa dama, aquello no tenía remedio. Y contó á Julita un episodio macabro:—Cierta gitana había tomado al rey Don Oliverio la mano en una de las cacerías, y con lágrimas en los ojos, hincada de rodillas, le pidió permiso para decir lo que veía en las rayas. Obtenido, la egipcia le predijo que le aguardaban dos males muy grandes: el uno de dentro afuera y el otro de fuera adentro.

Julita, esta vez, se rió de veras. La predicción de la húngara era espantosa y enigmática. Doña Francisca sentenció:

—Este es el primer mal: *el de dentro afuera*. Sin duda alguna el Rey está loco. Ya nos lo dijo una vez el médico de Cámara.

—¿Qué dijo, tía?

—¡Ah!... Dijo que el Rey estudiara lo menos que pudiera, porque su naturaleza regia era muy delicada y podría sobrevenir algún arrebató cerebral.

—No hay cuidado, tía. El Rey no pasará sobre el cadáver de la Corte. Don Oliverio se estréllará, como dice el Pueblo, á las primeras de cambio.

—Sí, sí; pero, por lo pronto, ya ha cometido una acción...

—¿Hablando con Augusto? No habrá entendido una palabra.

Al oír ese nombre, la fofa cara de la Condesa se descompuso, y gruñó:

—Julita, sabes que no quiero oír en tus labios ese nombre.

La gran señora no volvió á cruzar con su sobrina palabra alguna.

En la puerta de Palacio, una desusada aglomeración de carruajes indicaba la gravedad de la situación. La Condesa de Airón franqueó sin obstáculo las habitaciones donde los cortesanos mostraban su estupor ó su enojo. ¿Sería posible? Los periódicos dedicaban columnas enteras á comentar el último acto de Don Oliverio, que había mandado á la Prensa acta de sus propósitos. Doña Francisca recogía en cada grupo una noticia y un comentario. La historia de Malindrania no contenía un hecho tan escandaloso, tan audaz, tan imbécil. Se decía en un grupo que Don Oliverio se había negado á tratar de este asunto con nadie y que hacía doce horas, encerrado con sus secretarios, dictaba un manifiesto á los malindranios. Esto era bochornoso. A mayor abundamiento, el Gobierno había presentado su dimisión y los republicanos celebraban una reunión secreta.

Julita sonreía sin cesar. La etiqueta palatina, convulsa por el acto del monarca, imponía, sin embargo, su rigidez. Mas las fisonomías revelaban una lucha interior espantosa. La familia real se había constituido en sesión permanente;

no se separaba un momento de la esposa y de la madre de Don Oliverio. Los Principes, los Infantes, cada uno de los numerosos vástagos de la real familia, conversaban con sus respectivas camarillas y sus pequeñas cortes. Se pedía prudencia. ¿Cómo había caído la noticia en el Ejército? El general Trilón lo refería con cavernosa voz al cardenal arzobispo de Alambique.

—No podéis figuraros, cardenal, el efecto. Los soldados se miran unos á otros, las clases no dan crédito á los periódicos, aunque éstos ponen sus palabras bajo garantía de la firma del soberano. Esto es una revolución cuyos horrores no tardarán en verse. Todos se preguntan con angustia si el Rey está en su sano juicio.

Los salones ofrecían el aspecto de los días tristes de la muerte de un soberano. Se hablaba en voz baja; pero la voz baja de una muchedumbre es un rumor siniestro y bronco, semejante al de una tempestad que se acerca. Toda la aristocracia de Alambique se reunía allí por momentos. Llegaban asustados, atolondrados, ansiosos de noticias, cohibidos de emoción. Algunos traían la noticia de la renuncia real á la Corona. Los que venían de las habitaciones interiores no podían ocultar que se tomaban rápidamente medidas sensacionales. Los cortesanos del Principe de Latón, aunque habían disminuído sensiblemente desde su casamiento con la Duquesa de la Tremailly, esparcían el rumor de una intervención enérgica del Principe en el escabroso asunto. Por su parte, los incondicionales del Infante Lucio Guallierio Rodolfo de Bombón afirmaban categóricamente su descontento. Bárbaro de Bavía, de Bombón y Molpín, el infante coronel de Dragones, hablaba con varios generales en el gabinete de las Metopas.

Los altos y corpulentos guardias palatinos, inmóviles en las aristas de las puertas, miraban mareados á los cortesanos, cuya excitación reprimida se traslucía en un flujo y reflujo por todas las cámaras. Criados de librea destimbradora cruzaban las entesalas serios, rígidos como cromos alemanes del tiempo de Federico. Sus recias patillas, su afeitado bigote, sus cabellos, peinados con lucientes y malísimos cosméticos, sus pantorrillas de palafreneros de funeraria, se destacaban de los cortesanos con gracioso desenfado y como una crítica ó caricatura vivientes de tantos y tan variados uniformes.

En la sala de Santorini, Doña Francisca, que del brazo de Julita se dirigía á las habitaciones de la Reina madre, se encontró con el Marquesito Heraclio del Valle de Aram, perfumado y empaquetado en un fardo londinense, al que no le faltaba más que la marca «Robin Amstead. Comp. Limited». La Condesa de Airón adoraba á este jovencuelo desvergonzado por dos razones: la principal, porque se parecía á su primer marido, el Barón de la Libertad, muerto en su vigésimo desafío, de un tiro en un ojo, hacía treinta y dos años. Además, este cortesano flamante trataba á las mujeres con graciosa desenvoltura, lo que hace siempre simpático un hombre á una vieja. Julita le aborrecía porque continuamente estaba oyendo hablar de las excelencias de este maniquí oloroso, impecable y hueco, en cuyo rostro agraciado sobraba el bigote y se echaban de menos unas recias barbas negras. Su tía pensaba facilitarle el trato con la joven, pero ella confiaba en la defensa de su inteligencia, única cosa que faltaba en el cuerpo del Marqués, sin duda por olvido del sastre de Londres.

—¡Oh, señora!—exclamó tomando una egregia postura—, ¿sabéis lo que nos pasa? S. M. se ha vuelto loco. ¿Lo sabíais, Julita?

—¿De veras?...—interrogó irónica Julita, mirando tranquilamente al conquistador—; no lo sabía, pero comenzaba á figurármelo.

Doña Francisca de Torrepocha suspiró. Julita no quitaba los ojos de aquel gallardo mancebo á

quien s
apuesta

—¡Ah
ingenio.
brina ti

—Den
que rep

Julita,
compr

se colg
bros, el
mano d

Julita
tido la

pechera
de esfu

lió del
toria:

—Su
que yo

Julita.
te otras

Julita
pero la

nial de
tocles, c

nientem

Los o
llar, ma

luz con

de ellos

rena qui

duelo sil

el pensa

entrefre

túpida d

cara de

Agatoc

dilecta d

tan perf

metió co

—¿Lo

verdader

á tiempo

La Corte

esto suce

Heracl

Agatocle

más tris

—Cuan

le coloca

Hará pre

Aludía

cudos qu

malindra

tan fácil

tu. Acos

nes nobl

ligentes,

terias ga

tocador.

equivoca

hubiera

existe en

alabanza

Un pos

amigo, e

que tenía

—Me p

jestad. J

—No lo

misario (

presiden

supuesto

co sueldo

—¿Por

—Bien

por medi

—¡Bah

—Tan

Y acero

quien sólo faltaban tres días para perder la apuesta con Don Oliverio.

—¡Ah!... Os lo figurabais, Julita. Tenéis mucho ingenio. ¿No es verdad, Condesa, que vuestra sobrina tiene mucho talento?

—Demasiado, Heraclio. Continuamente tengo que reprenderla.

Julita, sonriente, enmendó:—El necesario para comprender que dentro de tres días el Marqués se colgará, sin otro impedimento, de los hombros, el Collar Imperial del Gato de Oro, de mano de S. M.

Julita sabía la apuesta y Heraclio hubiera sentido la estocada si no llevara tan planchada la pechera. De todos los hoyos se sale con un poco de esfuerzo, y Heraclio del Valle de Aram salió del suyo con esta frase que recogió la Historia:

—Su Majestad me hizo ese altísimo honor, que yo trabajaré por merecer en su servicio, Julita. ¡Ojalá pudieran adquirirse tan fácilmente otras recompensas más ansiadas!...

Julita se hubiera desmayado de buen grado; pero la risa es una de las cosas que el ceremonial de Corte prohíbe con más energía, y Agatocles, que se acercaba, habría anotado convenientemente el caso.

Los ojos del Marqués calavera querían brillar, mas no es tan fácil á los ojos competir en luz con un berilo, cuando se le tiene tan cerca de ellos como Heraclio el de su corbata. La serena quietud de Julita le hacía vacilar en aquel duelo silencioso. Heraclio no podía adivinar que el pensamiento de la encantadora jovencita se entretenía infantilmente en poner en la cara estúpida del Marqués, uno á uno, los rasgos de la cara de Augusto Tomás.

Agatocles saludó efusivamente á la Dama predilecta de Doña Casilda y á Julita con un ademán tan perfecto, tan palatino, que Heraclio se prometió copiarle en la primera ocasión. Rugió:

—¿Lo sabéis ya, señora? Un cataclismo, una verdadera hecatombe. Por fortuna se ha acudido á tiempo y el Rey reobrará, volverá sobre sí. La Corte se ha sublevado. Es la primera vez que esto sucede.

Heraclio quiso aprovechar la conversación de Agatocles, pero Julita, que se había puesto algo más triste, le repitió con dureza:

—Cuando tengáis el Collar Imperial, Marqués, le colocaréis en la portezuela del coche, ¿verdad? Hará precioso.

Aludía sañudamente á la multitud de los escudos que adornaban el carruaje del gran prócer malindranio. En vano buscó éste esas frases que tan fácilmente se encuentran cuando hay espíritu. Acostumbrado á tratar, como todos los jóvenes nobles, con mujeres hermosas, pero no inteligentes, su cerebro tenía gran provisión de tonterías galantes, alineadas como los frascos en su tocador. Felizmente, tuvo el buen sentido de no equivocarse una pomada con una idea. Julita le hubiera enseñado cruelmente la distinción que existe entre un cumplimiento espiritual y una alabanza inoportuna.

Un poco más tarde el Marquesito decía á su amigo, el sexto hijo de un político muy famoso que tenía doce:

—Me parece que pierdo la apuesta con Su Majestad. Julita es una virtud romana.

—No lo creas—le objetó su amigo, que era Comisario General de las Fuentes de S. M. y Vicepresidente de la Comisión permanente del Presupuesto de Aguas, lo que reunía en él sólo cinco sueldos.

—¿Por qué no he de creerlo, Coqueluche?

—Bien bobo eres si no sabes que hay historia por medio.

—¡Bah!... El famoso querido...

—Tan famoso.

Y acercándose á Heraclio, buscó sus orejas, lo

que era algo difícil, y le habló al oído un nombre.

—No puede ser. Está la Corte alelada. ¡Díabolo!... ¿Si fuera cierto?

—Ya te contaré esa historia, Heraclio.

El Marquesito se despidió de Coqueluche para ofrecer sus respetos á la Baronesa Jenara Escorpión de los Tiburones, Dama de honor de Doña Tecla de Pentecostés. Venía horrorizada, muerta de miedo. Esta señora, de belleza marchita pero muy sugestiva, tenía unos hermosos senos, por lo que siempre iba en cueros vivos desde cintura al cuello. Llevó á un rincón al Marquesito y, apoyándose en una de esas consolas estilo Oliverio XV, tan bellas y tan frágiles, que se hacen trizas si se las mira, le dijo con temblorosa voz:

—Don Oliverio se ha vuelto loco.

—Ochenta y dos veces, Baronesa.

—¿Cómo ochenta y dos veces?

—¡Oh!... Quiero decir que he oído lo mismo hoy ochenta y dos veces. Tenéis razón. Don Oliverio ha sufrido un ataque del que, afortunadamente, sanará. Estoy seguro.

—Y mi marido, que estaba acabando su discurso con el académico señor Colofón!... ¡Qué hermoso discurso, Heraclio! Estoy encantada de mi marido. Figuraos, Marqués, que el señor Colofón ha encontrado en el Archivo Senegalés un documento en el que consta que un antepasado nuestro conquistó el Sur de la Patagonia... ¿Habréis hecho el vuestro, eh?

—Sí, Baronesa. La imposición del gran Collar será esta vez una solemnidad memorable; somos tres nobles de pura sangre. Se dice que en el Capítulo de Caballeros de la Orden Don Oliverio hablará... Mirad, ahí viene el Barón con el Archiduque Jacinto de los Encantos.

El Barón de la Confitura y el Archiduque eran dos grandes personajes, de rancio abolengo. Ambos habían sido agraciados por S. M. con el Collar del Gato, honra muy escasa en el mundo. Venían alarmados. El asunto era grave; pero lo más grave era que...

—Señora—dijo el Archiduque—, la fiesta de mañana será doblemente histórica. S. M. quiere hacer declaraciones en el Capítulo.

—Los Estatutos de Don Oliverio IX lo prohíben—dijo Heraclio.

—Y las premáticas XXI y LVII del Reglamento de Don Oliverio XI—añadió el Barón—. Mas el Rey, como Gran Maestre...

—Y como loco—interrumpió la Baronesa—, hará lo que se le antoje.

En una de las puertas se movió un gran revuelo. La Mesa del Parlamento, en pleno, como en las mayores solemnidades, se apresuraba á ofrecer un Mensaje á Don Oliverio. Al frente de ella venía erguido y pálido el Vizconde de las Treinta Fortunas. Este hombre era un encanto; le perseguía la suerte de tal modo, que huyendo de ella continuamente se había roto una pierna. Por lo demás, no era mala persona y había prestado á Don Oliverio tres millones de escudos de oro á buen interés sobre la renta de las posesiones reales.

El asombro se convirtió en miedo cuando se supo que Don Oliverio se negaba á recibir á la Mesa. Heraclio, que en aquel instante saludaba al nielo predilecto de uno de los Ministros, oyó decir al Vizconde:

—Señores, S. M. desea hablar conmigo. Esperadme.

Cuando la Condesa de Airón entró en la Cámara de Doña Casilda, se encontró á la Reina madre desolada. Julita, humilde y distraída, no puso atención en aquel cuadro palatino digno de Tolstoi. Su imaginación estaba en otro sitio. ¿Cómo se había atrevido Augusto á escribir á la Condesa? Y lentamente, sin oír los sollozos de aquellas altísimas señoras, escuchó recogida en su alma acentos misteriosos que venían hasta

su corazón, desde muy lejos, con el manso murmullo de las ondas de un mar en la playa.

Cuando volvió en sí, oyó á su tía la Condesa, que la decía:

—¿Has oído? Es una idea magnífica, digna de Doña Casilda. Lucirá el vestido color azul de Hungría. ¡Un baile!... ¡Qué idea más original!... ¡Toda la Nobleza en ese baile!

II.—La Biblioteca del Palacio Real

Dos veces había entrado en la Biblioteca Don Oliverio. La primera, para verla; la segunda, para mandar al bibliotecario, señor Conde Asuero de Almáciga, que encuadernara las obras modernas en telas algo menos costosas, pues el Mayordomo le había hecho notar el gasto excesivo de aquel departamento secundario.

Cuando entró aquella tarde Don Oliverio en uno de los salones de la hermosa librería, estaba sombrío y ceñudo. Su antepasado Oliverio II le miraba desde un cuadro. El señor Asuero de Almáciga, á no ser tan romo de nariz y de cráneo, hubiera podido apreciar la semejanza de fisonomía de aquellos dos grandes reyes, mientras observaba rígido cómo el Rey acercaba un sillón á un pupitre y, dirigiendo su mirada á uno de los altos ventanales, parecía meditar. Estuvo así poco tiempo. Con voz apagada pidió al Conde erudito un libro cuyo título llevaba cuidadosamente apuntado. El Conde expuso con la modestia del sabio, que de aquel libro la biblioteca de S. M. contenía trescientas cinco ediciones; la primera... S. M. interrumpió á tiempo la enumeración diciendo:

—Esa... tráeme esa.

El mismo Conde tuvo el alto honor de colocar ante S. M. un libro pequeño, como son todos los libros modernos, en cuya página primera, en gruesos caracteres, S. M. leyó: *El Hombre*. Durante dos horas paginó con el afán de un joven que ha encontrado en un libro el secreto de la vida. Asuero de Almáciga, á quien S. M. no había mandado retirarse, estaba ante él sufriendo horriblemente, cuadrado, circunspecto, sintiendo calambres en las piernas y sopor en los pies.

Don Oliverio alzó por fin sus ojos del libro, corrió su mirada como un reflector por las admirables estanterías de caoba y bronce labrados y, recogiendo la en sí otra vez, quedó inmóvil, en éxtasis.

El libro volcó sus millares de letras sobre el pupitre. Fué como un torrente de voces, como una avalancha de vocalizaciones. Las letras se alinearon en escuadrones cerrados y densos, como los batallones de Federico II, y, á una voz de mando, quedaron silenciosas y quietas. Rápidamente se destacaron del conjunto dos regimientos y, evolucionando ante la vista extraviada del Soberano, desfilaron marcialmente al compás de una armonía ideal. Siguiéron los demás, gallardísimos, alineados en haces semejantes á grupos de rectas matemáticamente paralelas, admirablemente atentos al ritmo de la marcha, rebasando los contactos con precisión maravillosa y dislocándose por batallones en *carroussel* fascinador. Luego volvieron á su estatismo, firmes, marcialísimos, sin formar un ángulo, sin tra-

zar una curva, divididos en secciones simétricamente iguales, cortados en porciones idénticas. Midiendo distancias, proporcionadas á los contingentes, ofrecían conjuntos homogéneos. Una sola voz los hacía oscilar, variar, correr. Retrocedían marchando, sin que un solo punto de una



línea perdiera su lugar micrométrico. Giraban en ramas de parábola por grados; cortaban como tangentes círculos hipotéticos; perdían el valor de una figura instantáneamente y en juegos perfectos de ilusión dibujaban una masa compacta, geométrica, irradiando más tarde en puntas de estrella de fortificación, en escalones sucesivos, en fases alternas de movimientos abiertos. Cerrábanse las filas, las secciones, los conjuntos. Unas veces la masa vacilaba; otras veces la masa se desvanecía en radios que se abrían como varillas hasta formar un semicírculo. Después, escogidos espacios fijos, cada escuadrón maniobraba indiferente al todo, que era en sí claro, distinto y perfecto. Se tendían como centinelas que parecían dificultar el avance el cien senderos diversos, sin que los diferentes órdenes de ma-

sas quebraran las defensas. Una vez más se detuvieron rígidos, guardando los valores de la perspectiva, definiéndose en hiladas larguísimas como infinitas columnatas. Eran los claros exactos y progresivos; las piezas, graduadas; tiradas á cordel las reservas. No es más igual el

Habían acumulado elementos absurdos de combate, producto de una química fantástica. Cuando el sol iluminara el valle, aquellos hombres se disputarían un monte enhiesto entre ambas líneas y cuya posesión haría vencedor al asallante. Don Oliverio relegó las páginas que descri-

bían la siniestra comedia nocturna del sueño que para tantos sería eterno bien pronto. —Alboreó. ¡Horror! El mismo, Don Oliverio, comandaba los ejércitos, en pie ya, fríos, dispuestos en el silencio que precede á una batalla. Todas las miradas convergían en su brazo armado caído á lo largo del muslo. Mas, cuando su espada iba á darles la señal de la matanza, un hombre gigante apareció en la cima del monte. Completamente desnudo, desmesurado en sus miembros hercúleos, oprimía en su diestra un pedrusco colosal como un peñasco. Era como si el espíritu enfurecido del monte se aprestara á la defensa ó se negara á enjugar la fresca sangre de los hombres. Mudo y espantoso recibió en su frente los primeros rayos rojos del sol, que resbalaron por su cuello hasta el canal del esternón. Sus ojos inmensos brillaban como faros de faro, bajo unas cejas fruncidas, y la luz arrancaba á los labios reflejos agrios de sangre. Don Oliverio no se inmutó, alzó su espada y cien batallones se dirigieron á la falda del monte. Los enemigos hicieron lo mismo y, al estruendo del movimiento compacto y ciego, se unieron los furios de la pólvora. Caían los hombres en montones, confusos, segados, pisoteados. Eran barridos centenares de ellos por bocanadas de fuego cárdeno, y sobre los regimientos, semejantes á miles de plagas, se cerifan la desolación y la muerte. Chocaron ambas líneas, desquiciándose, entrando una en otra como cuñas de carne feroz. Los escuadrones, como lenguas de llama, arrasaban inmensas extensiones cubiertas de soldados. Un huracán de exterminio asolaba las columnas, tronchando las vidas en flor. El vaho fuerte de la sangre del hombre empapaba el viento, convulso y tempestuoso por la trepidación de los explosivos. Don Oliverio mismo, atraído por la tromba de exterminio, succionado por el torbellino, llegó al pie del monte, por cuya pendiente, calva como un cráneo, nadie había podido subir. Hacinados, superpuestos en trágicas actitudes, millares de hombres vestidos con extraños uniformes y sorprendidos por la muerte en la espantosa tarea de matar, formaban en torno de la colina montañas de miembros, armas y ropas rotos.

Don Oliverio increpó con ira terrible al gigante, quieto, con inmovilidad de picacho. El titán dobló suavemente su tórax, alargó el brazo y con la mano libre arrancó del suelo al caballo y al jinete real.

Don Oliverio miró en el rostro al coloso y quedó instantáneamente muerto: era Augusto Tomás.

El Rey, haciendo un esfuerzo, se puso en pie y, fieramente, arrojó de sí el monstruoso libro. A grandes zancadas salvaba el espacioso salón de lectura. ¿Qué querían decir aquellos delirios pavorosos, propios de un cerebro enfermo? Asuero de Almáciga se dió cuenta del dolor del soberano y se aprestó á socorrerle.

—¿Qué os pasa, señor? Estáis pálido, señor. ¿Os sucede algo? S. M. no se dignó contestar. El

boj en los días primeros de la poda, ni los macizos más detuidos en dibujo y volumen. Los cristales del campo de la nieve no poseen mayor precisión, justeza, cifra y corte en su invisible radiación estriada.

Don Oliverio se inmutó. Bruscamente las letras se arrancaron del plano, ascendieron á las páginas blancas y sin confusión, con orden espantable compusieron de nuevo el diabólico libro. El Rey tentó con su diestra las letras; estaban fijas, quietas. Humildes y laboriosas formaban líneas, párrafos, páginas... pensamientos perfectos.

—Es extraño —murmuró S. M.—¿Qué será? Volvió á su lectura.

Don Oliverio y los hombres se preparaban á una formidable batalla en sus vivacs respectivos.

palatino sentía en las piernas la irregular circulación de la sangre.

Don Oliverio murmuraba en tanto:

—¡Oh, un Rey, cuánto sufre un Rey!... Tiene que prescindir de ser hombre para que los hombres, engañados con su celeste origen, le obedezcan. Y cuando desciende hasta ellos y les dice:—*Sé que soy de carne y hueso como vosotros*—, entonces le desconocen, le niegan cordura, le devuelven á su grandeza y le contestan:—*Estáis equivocado, señor; sois Rey, nada más que Rey*—. ¿Qué genio ha ideado este martirio? Malindrania no quiere al Rey, y cuando su Rey se les entrega, le dice:—*No se trata de eso*—. ¿De qué se trata?

Don Oliverio se había planteado el problema con una lucidez provocativa, digna del más revolucionario pensador. Si el Rey se despojaba de las insignias de su investidura sagrada, ¿cómo era que Malindrania no veía en aquel acto sublime su gran capacidad de gobernante? ¿No podía ser ya Don Oliverio otra cosa que Rey? ¿Porque había visto en la cara monstruosa del gigante los rasgos fisonómicos del revolucionario Augusto Tomás?...

Conturbado su espíritu y puesta en tensión su alma lacerada, conoció que Malindrania estaba perdida sin remedio. Si Augusto Tomás desconfiaba, él, Don Oliverio de Bombón, ¿en qué razones asentaría sus optimismos?

Una tarde muy fría, lluviosa, había visitado en un lejano país el teatro de una gran derrota. Malindrania se dejó en aquel barranco unos miles de jóvenes abandonados á las aves de rapiña. Fué aquel tremendo fracaso advertencia negativa, y después de él, Malindrania siguió como antes, embaucada en estúpida idiosincrasia. Pero él, desafiando el temporal, ascendió por las colinas de la tragedia, trepó por los esquistos, galopó por los pedernales y se detuvo en un cerro. Vefase desde allí el panorama de la batalla perdida. ¿No era Don Oliverio rey y señor de aquellos buenos malindranios que perdieron la vida en la abrupta soledad? Cumplía su deber ofreciendo el homenaje de su visita al vasto cementerio. Mas su alma de joven se turbó y las lágrimas escaldaron sus mejillas. Vió repentinamente el campo la noche misma de la cruelísima derrota. En la entraña de un monte, abierto por una convulsión, Malindrania había dejado un jirón más de sus harapos legendarios. Y olió sangre y vió soldados muertos que arañaban todavía, en gesto helado, las rocas. Su caballo hundía las pezuñas en charcos de sangre ennegrida, y con grandes corcovos se alejaba de las escenas que los nobles brutos no pueden sufrir. Yacían los caballos hinchado el vientre y abierto el belfo, con una horrenda mueca en los enormes dientes amarillos. Cerca de ellos, rodando, unos seres humanos, despojados, se habían abierto el cráneo, y sus cerebros se mezclaban con los intestinos de los mulos. Pendían de los árboles trofeos de virilidad inerte, y apoyados en los taludes, cuerpos mutilados mentían un esfuerzo desesperado de defensa. De bruces, otros hombres escupían, por las grietas de sus heridas, el hedor de la ponzoña, semejantes á carroñas inmundas sin forma. Ascendiendo, el espectáculo aterraba. Vió Don Oliverio cabezas clavadas en estacas, cráneos doblados sobre las piedras, abiertos por el vértice; manos aferradas al musgo, brazos velludos saliendo de un peñasco que aplastaba el cuerpo, hombres desnudos impudicamente que miraban al cielo con enormes ojos blancos, bultos encogidos en contorsiones violentísimas y petrificados en ellas por un espasmo. Pero el espanto tuvo sus caprichos, y el estupor sus ironías. Aquellos restos sintieron á su Rey, y fieles á las leyes implacables de la disciplina, se pusieron en pie. ¿En pie? ¡Ah, no!... Los que habían perdido sus ex-

tremidades, pugnaban por encontrarlas, temiendo la ira de Don Oliverio, que, extraviado, enloquecido, veía resucitar aquellos despojos y cuardarse, quiénes en el despeñadero, cuáles en los pedruscos. Aquellas sombras le presentaban armas, y el Soberano revistaba cadáveres hediondos. Una sección entera se había levantado á la voz macabra de un capitán, en cuyo rostro, el cieno y los sesos formaban antifaz horrible. Don Oliverio no pudo contener á su caballo, cuyas crines erizadas le herían como púas. El corcel no quiso pasar de allí; pero el Rey vió en el horizonte bultos aislados, rectos, monstruosos, en torno de los cuales los buitres trazaban cortas elipses y graznaban impacientes.

Don Oliverio enjugó el sudor de su frente. ¿Porque recordaba la escena lúgubre? No fué así. El llegó, seguido de cien generales, al barranco. Llovía. Los generales le explicaron la batalla, la recogida funeral de los trofeos sangrientos. El no vió nada de eso, ni holló cuerpos, ni encharcó las patas de su caballo en sangre de sus vasallos. ¿Por qué pensaba en ello?...

¿La responsabilidad real!... El era un hombre, pero un hombre-rey. ¿Sería posible que su conciencia regia le remordiera de alguna cosa? Ya habían cuidado al elegirle, al coronarle, de afirmar que era irresponsable del fracaso y absoluto triunfador en el éxito. Quien le discutiera, sería perseguido. ¿Por quién? ¿Por él mismo? No; por otros hombres que, no siendo reyes, usurpaban la regia prerrogativa, amparados en la gran hipocresía de su afincamiento y privilegios. Don Oliverio tenía la edad en que los jóvenes se definen como valores, como cifras positivas. ¿Cuál era el suyo? Según los cortesanos, el ∞ , signo del infinito matemático. Según él... según él...

Augusto Tomás no creía en el Pueblo ni en el Rey. ¿Por qué no creía en él, en Don Oliverio de Bombón, veinticuatro de una Dinastía, que se había humillado á hablar en una cervecería con un súbdito? Los reyes que aciertan á corregirse en plena juventud, como él lo había hecho, ¿no merecían otra cosa que un estigma más? Ahora, su cerebro, despojado de la ficticia sabiduría innata, comprendía que no podía eximirse de su tanto por ciento de culpa en los fracasos continuos de Malindrania, y sentía en su corazón el rumor de la amargura brava que sigue al desencanto, la fuerte impresión de un alma engañada que se sumerge en la realidad hasta los ojos y ve, á ras de las pupilas, la inmensidad conmovida. Si tan difícil es darse cuenta de que se es hombre... ¡cuánto no lo será el darse cuenta de que se es rey!...

Don Oliverio quedó suspenso en esa meditación cuyas ideas llevaban á la afirmación juvenil que se concentra en el sentimiento de la palabra obrar. Allí mismo tomó su resolución. Con mano firme escribió su decreto y lo firmó. En virtud de él, en Palacio sólo quedaba él, su esposa y sus hijos. Los palaciegos, los cortesanos, los parásitos financieros, las camarillas, cuanto significaba favoritismo, adulación, fasto, pompa y privilegio, resultaba anulado. Podía entrar el Pueblo en su Palacio y con él esas energías nuevas que el Pueblo trae en los torbellinos de la revolución.

Asuero de Almaciga, que continuaba rígido y exánime, oyó aturrido estas palabras á su natural señor y soberano.

—Si mi entrevista con Augusto Tomás hizo reír al Pueblo, este decreto, leído en el Capitolio, estremecerá á Malindrania. ¡Oh... he de demostrar que por haber nacido rey no dejo de ser hombre!

Mas el asombro del Noble Bibliotecario se convirtió en horror cuando Su Majestad, encarándose con él, le dijo en sus propias barbas, resplandecientes de vejez y de pomada:

Estoy decidido, Conde. He de hacer tal escarmiento en vosotros que la Historia me llame

el De
poder
deter
no pu
Asu
—V
—E
—T
Don
gesto
Se hu
Don C
extrav
Asu
estúpi

Un p
se hab
actos
aquel
dable
drá ho
Nobles
que no
que ho
cuenta.
SALA DE
destino
joven
sibles.

Don
costum
particu
eucarís
Despué
macén
aquel ti
tituian
como p
los regi
jeros, d
cascos,
torchad
sombre
dos, en
tenares
bandas,
tas; un
cordone
quisimo
riados;
de un a

En ot
eas, bie
grapas,
tulos in
numera
formaba
coleccion
mantos,
de broc
hopalan
ciopelos
altos qu
oro, emp
ces y un
los aspe
bota cor
burgués

el *Debelador de privilegios*. ¿Por qué no he de poder yo repetir el acto de Oliverio XIV, que os desterró á todos de Malindrania? ¿Crees tú que no puede hacer Su Majestad eso?

Asuero, espantado, contestó:

—Vuestra Majestad lo puede todo.

—Eres un imbécil.

—Tenéis razón, señor.

Don Oliverio se acurrucó en el sillón con aquel gesto que los viejos escritores definían así:—*Se hundió en la butaca*—. Y así era en verdad; Don Oliverio *se hundió* de nuevo en sus delirios extravagantes.

Asuero siguió rígido, atemorizado, correcto y estúpido.

III.—El Gran Collar del Gato Imperial

—*¡Cuántas veces mi abuelo me informó terminantemente que él no era más que un instrumento en manos del Señor!*

(DE LA CÉLEBRE CARTA DE Guillermo II AL ALMIRANTE Hollmann.)

I

Un periódico de Malindrania, de los que más se habían distinguido en vituperar los últimos actos de Don Oliverio, anunció la solemnidad de aquel día con estas palabras de verdadero y laudable civismo: *Su Majestad Don Oliverio impondrá hoy el Gran Collar del Gato Imperial á tres Nobles cuyas ejecutorias recordarán al soberano que nos gobierna efemérides de sus antepasados que hoy más que nunca han de ser tenidas en cuenta. El esplendor inusitado que ofrecerá la SALA DE LAS ORDENES, traerá á la realidad de sus destinos la fogosa imaginación real, demasiado joven aún para asumir responsabilidades imposibles.*

Don Oliverio se levantó más temprano que de costumbre y oyó devotamente, en su oratorio particular, una misa, en la que recibió el pan eucarístico, fortalecedor alimento de las almas. Después se dirigió al guardarropa, verdadero almacén y museo suntuario que los cronistas de aquel tiempo describieran prolijamente. Lo constituían sesenta enormes armarios, catalogados como plúteos. Había en ellos uniformes de todos los regimientos nacionales, amén de los extranjeros, de los cuales era oficial honorario; kapis, cascos, gorras, morriones, chacós, fajines, entorchados, charreteras; una inmensa armería; sombreros, bastones, cajas de coloridos guateados, en cuyos bullones de raso descansaban centenares de condecoraciones, sortijas, galones, bandas, placas, cruces, veneras, collares, rosetas; una exposición completa de pasamanería, cordones de oro y plata para los suntuosos y riquísimos dolmanes y un arsenal de enseres variados; todo rotulado, ordenado, listo, á costa de un atroz presupuesto y un cuidado exquisito.

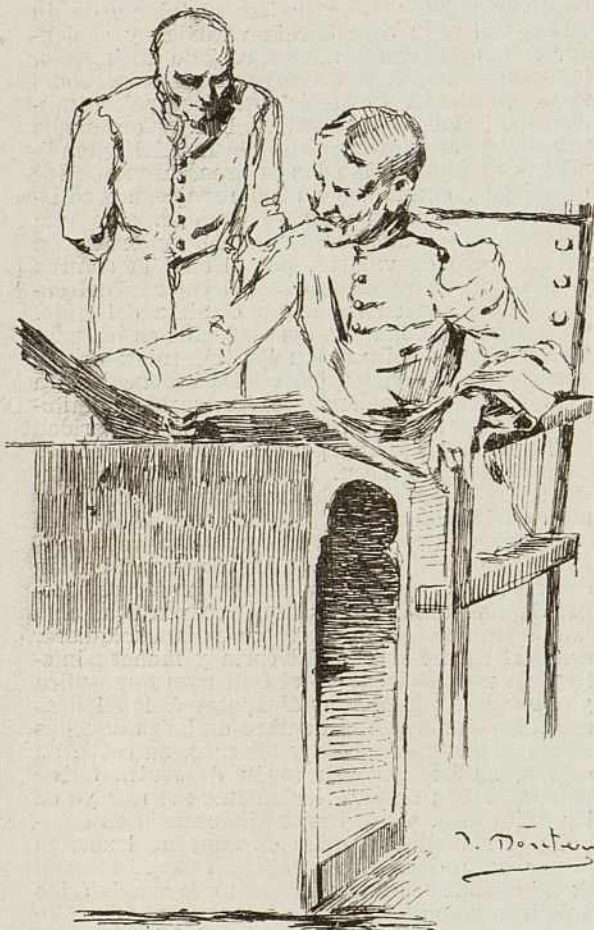
En otros armarios, especies de arquetas góticas, bien sujetas con trabajadas abrazaderas y grapas, se conservaban numerosas cajas con títulos infinitos de nobleza y nombramientos innumerables de cargos honoríficos. Pero lo que formaba el núcleo de más ostentación eran las colecciones de trajes de Corte, los capotes, los mantos, los trajes de gala y recepción, las telas de brocado, las pieles de cibelina y marta, las hopalandas de armiño revestidas de rojos terciopelos y fulgurantes púrpuras, los cascos más altos que cimborrios, rematados por águilas de oro, empenachados con airones de varios matices y una inmensa alacena con botines de todos los aspectos, desde el zapato de hebilla hasta la bota con espuelas de oro; desde el borceguí burgués al zapatón inglés de los deportes.

En el guardarropa escogió el uniforme de aquel día. Deseaba deslumbrar. Nunca Don Oliverio había adornado su cuerpo con tantas y variadísimas prendas. Sobre ellas se colocaría, al entrar en el Salón de las Ordenes, la capa de púrpura y armiño, cuya cola de nueve metros sostenían cinco chambelanes, que los doce maestros de ceremonias escogían entre los más nobles ó los más ricos.

Desde muy temprano fueron llegando á Palacio los invitados, en número de diez y ocho mil setecientos trece. Los Mayordomos de semana habían tenido un trabajo abrumador en seleccionar los personajes. ¡Quién tuviera el talento de un Klausman para describir la variedad y esplendor de los uniformes!... Desgraciado mi ingenio, hampón y baratero de suyo, no puedo, como sería mi deseo, describir aquellos trajes, muchos de los cuales se estrenaban, y otros que por vez primera aparecían á la luz. Mi entendimiento seco admiraba las rollizas carnes de los palaciegos, embutidas en los ropajes, su satisfacción extraña, que no es vanidad, sino una misteriosa transubstanciación de materias, un cambio raro de valores, por el cual la riqueza y tamaño del uniforme pasa al espíritu del sujeto y pone en su fisonomía el alma del traje. También se fijaban mis ojos indoctos en las pantorrillas y las pelucas, en los tricornos, en las golas y chorreras, en los vuelos de encajes, en esos restos de esplendores suntuarios inimitables que aún viven zurcidos con la vulgaridad de los tiempos y que parecen escaparse de los cuerpos que los lucen. Durante tres horas estuvieron entrando en Palacio los invitados, flor y nata de Malindrania, y ni por casualidad vi un uniforme de raza, inspirado en los rasgos históricos de la estirpe. Todas las Naciones habían contribuido á vestir los costosos muñecos, menos Malindrania. Mas ¿hay, por ventura, algo tan extranjero, dentro de un país cualquiera, como el Real Palacio? Mi corta y mohosa inteligencia no podía dar de sí otra cosa que crítica y alborozo. ¡Cómo envidiaba yo á los felices mortales que saben el nombre de todos aquellos chismes, baratijas, telas y adornos, su coste, su origen, su hechura, su razón de ser!... Sobre todo, su razón de ser. Neciamente me reía yo de los uniformes, y á mi crasa ignorancia se escapaba el simbólico sentido de aquellas lencerías y trapos tan decorativos, tan estirados. Producto de mi sandez era la sonrisa con que acogía á los palatinos netos, chorros de luz, de oro y de colores, apopléticos, sudorosos, pero infatuados. ¿Y las señoras? De sus cabellos salían plumas blancas, en forma de bigotes de gato, lo que era poco respetuoso con el Collar de la Orden. Las piedras preciosas, en abundancia, pero sin notable variedad, suplían el buen gusto y la sobria elegancia arcaica. Mas en esto mi ignorancia era tan ruin, tan burda, que lastimosamente confundía las clámides, peplos y mantos tanagrinos ó romanos con las vestiduras sin forma de aquellas señoras orondas, espantosamente perfumadas y huecas. En la antigüedad, las mujeres sabían vestirse; hoy parece que ni aun saben desnudarse. Dígalo la Baronesa Jenara Escorpión de los Tiburones, que descendió del carruaje con los senos al aire, que daba compasión verlos, artificialmente separados por una lanzadera de rubíes que lloraban gotas de sangre de verse en aquel sitio, expuestos á un enfriamiento. Con ella venían los tres agraciados: el Barón de la Confitura, su marido; el Archiduque Jacinto de los Encantos y el Marquesito Heraclio del Valle de Aram.

Los padrinos de los tres próceres, resplandecientes y obsequiosos, les salieron al encuentro. La Condesa de Airón y Julita se acercaban en la rotunda, cerca de los peldaños de pórfido falso de la gran escalera de honor. Una escalera de

honor palatina es una gradería de mármoles, bronce y vegetales en cenachos, que tiene la cualidad arquitectónica de ser lo menos artística posible y la dote artística de no poseer arquitectura alguna. A medida que se salvan los escalones, se aspira un aire enrarecido, que tiene la virtud de cerrar los ojos de los hombres y abrir las pupilas femeninas, bien provistas de pestañas, á lo Sarath-Bernarth, y otros enjuagatorios y gatuperios. Julita se encantaba mirando á los cortesanos y á los guardias, que de vez en cuando daban grandes sustos á las viejas con el ruido agrio de las partesanas. Los plafones pin-



tados no carecían de mérito. Un artista bueno, de otras edades, había dibujado centenares de mujeres simbólicas, á las que se vió en la precisión de colocar en posturas espantosas para que desde la gran escalera no se las viera otra cosa que unas muy robustas pantorrillas y posaderas.

El Marquesito Heraclio del Valle de Aram, que vestía el traje romanesco de la Orden, observaba la sencilla silueta de Julita, á quien una griega del tiempo de Pericles no se hubiera desdenado de acompañar. Tuvo la audacia de aventurar un cumplimiento.

—Siempre, la única, Julita.

Julita sonrió, halagada su visión con el espectáculo de un hombre, peinado con raya, que soportaba penosamente el romántico fardo de las Cruzadas. Le dijo, sin duda, para aliviarle:

—Debe pesar mucho todo eso, Marqués.

—¿Eso? He ahí la crítica. Julita neutralizaba un ropaje sin razón de ser en nuestros tiempos. Un personaje, Agatocles, apuradísimo, se llegó á la Condesa.

—¡Ah, señora mía, qué labor!... ¡No podéis figuraros lo difícil que es colocar á esta gente en su debido puesto!...

Los palatinos, que dejan en tiras su pellejo

en el espinoso camino de la real protección, son ya, dentro de Palacio, ambiciosos absurdos. Son capaces, por un puesto, de caer en el enojo del mismo Soberano.

Don Oliverio, impaciente, dió pronto la orden de comenzar la fiesta memorable. En las galerías, toda la Malindrania pudiente y moliente, vistosamente ataviada, esperaba el paso de la procesión.

Una hora justa tardó en formarse el cortejo. Los Estatutos y el Protocolo y la Etiqueta habían ideado una cabalgata rancia de mucho efecto, que era una lástima se exhibiera en los estrechos pasadizos del Alcázar. Tapices deliciosos cubrían las paredes.

Ocho trompetas abrían la marcha, haciéndola insoportable con sus estampidos argentinos. Seguían innumerables filas de altos servidores del Rey, en cuyas caras se notaba cierta preocupación y una dulce soberbia de muy buen gusto que, sin el uniforme, se hubiera parecido á la estupidez ambigua del pinguino. Detrás de ellos se mostraban los mortales dueños del pomposo título de *Colosos de Malindrania*. Estos llevaban en canastillas y cojines emblemas del poder real, cirios, azucareros simbólicos, incensarios, relicarios con huesos de santos, compañeros de Godofredo de Bullón en la quema de la Biblioteca de Trípoli, que contenía dos millones de libros. A continuación se exhibían otra clase de *Colosos* más íntimos del Rey, que transportaban los trofeos de caza, cráneos de venados de bárbara cornamenta, muertos á saetazos por los Oliverios; espadas atroces de siete filos y quince palmos, escudos misteriosos como el de Rolando el furioso, de Ariosto; corazas en cuyo seno cabían tres Oliverios y sobraba una cuarta. Después seguían los veinte caballeros de la Orden de la Gran Liguria, vestidos de negro, con la espada desenvainada y el cabello empolvado, lo que les daba tal aspecto que Julita estuvo á punto de morirse de miedo, y se hubiera muerto, sin duda, á no venir cerca de ellos cuarenta y dos cofrades nobilísimos de la Comunidad de los Cuaternarios, vestidos de blanco con sendos cirios y grandes melenas nazaritas. Trece cardenales, vestidos de pontifical, andaban pausadamente dentro de dos filas de robustos pretorianos uniformados de verde y plata, con alabardas, cuyas picas, á no ir dobladas, hubieran roto el techo. Ciento veintidós obispos á continuación, risueños y mofletudos, sonreían á sus hijas espirituales. Julita observó que no hay nada que se parezca á un obispo como otro obispo. No lejos se distinguían los Caballeros del Cisne negro, tocados de un manto blanco y cubiertos con cascos de oro en cuya cimera un cisne trazaba con su cuello gentil una interrogación que hizo sonreír á la traviesa sobrina de Doña Francisca. Cincuenta heraldos precedían á sesenta y cuatro Reyes de armas. Las damas reprimieron un suspiro. ¡Qué lástima no haber vivido en aquellos tiempos cuando hombres á propósito eran capaces de parecer hombres debajo de esas hopalandas cuyo peso en bruto era de quince arrobas!... El sonido de las chirimías promovió un revuelo de curiosidad. Era maravilloso ver acercarse á los gentiles-hombres de Cámara con atributos de sus respectivos ministerios, á los caballeros, á los intendentes; pero, sobre todo, á los trescientos hijosdalgo de Alambique, cuyos vestidos producían un deslumbramiento; llevaban en las manos, calzadas de guantes negros, caballitos de cartón que eran una preciosidad. Mas el asombro no tuvo límites cuando asomaron los Caballeros de la Orden del Gato Imperial. Les antecedía un honorable Duque, refitolero mayor, aposentador y desposorio protocolario—así rezaban sus títulos—. Julita necesitó meterse en la boca el pañuelo, y como aún no fuera bastante, introdujo su mano, pues la risa reventaba en su espíritu. ¿Qué ser humano tuvo

vient
ceñid
Segu
Orden
cuanc
de ell
ron e
Nada
blema
nada
espec
guno
bían
gendo
Tres
poco
go, s
la que
arras
collar
te. Es
tos de
ligas
y ran
mism
ralda
ellos,
Y,
Oliver
han p
tas tr
ellos
de los
el cor
el Rep
Vier
de-poc
ne co
la hoz
cuand
Julita
que p
conser
creto
con d
apacil
de aq
sin es
Tomá
como
didos
queab
monst

Ren
facult
serfal
se tal
ceses
zo cen
ras, e
no qu
cebe e
lísimo
Julita
sin du
había
Trono
País.
excele
Julita
pies d
cestos
buey
menta
mundo
disiac
que, a
volvía

vientre semejante al del Duque y vestidura más ceñida para lucirlo? Julita recordaba á Falstaff. Seguiante dos maceros, también hermanos de la Orden, para cuyo grado se necesitaban poseer, cuando menos, cincuenta títulos de nobleza, uno de ellos de sangre real. Los Caballeros promovieron en las damas su acostumbrado escándalo. Nada más fantástico. Julita, que sufría horriblemente por sentimientos íntimos desencadenados, abrió sus ojos como los niños ante el espectáculo de los héroes. Sólo eran ocho y ninguno de igual estatura. Los Estatutos, que habían previsto hasta el caso de ser bizcos los eligidos, no decían una palabra acerca de la talla. Tres de ellos eran tan pequeños que, á serlo un poco más, no se les hubiera visto. Y, sin embargo, se embutían en una coraza de acero sobre la que el manto de púrpura se deslizaba dejando arrastrar tres metros de cola por el suelo. El collar de la Orden caía sobre el pecho gentilmente. Este collar lo formaban cuarenta mechoncos de cabellos rubios, eslabonados entre sí con ligas de oro, y remataba en un gato heráldico y rampante que encrespaba las uñas contra sí mismo; el tal gato debía ser tallado en una esmeralda, piedra que tiene muchos talismanes, entre ellos, el de convertir al que lo lleva en un Nerón.

Y, solo, radiante, recto, rígido y meloso, Don Oliverio. Su presencia inmutó. Era el Rey. Y han puesto los siglos en esa triste palabra tantas tragedias y dolores, que la vista de uno de ellos atrae como una sima y produce el vértigo de los abismos. ¡Un rey!... ¿Quién no siente latir el corazón al oír esta frase sencilla pero inmensa: *el Rey viene...*?

Viene con él una Dinastía, un dios, una suma de poderes infinitos y prerrogativas terribles; viene con él el látigo y el cetro, el bien y el mal, la hoz y la espada; viene un hombre que puede, cuando quiere, dejar de ser hombre. Sonrió á Julita. El Rey quería á esta joven incomparable, que pasaba inadvertida en la Corte por tácito consentimiento de todos, y cuya alma era un secreto para los cortesanos. Julita le respondió con dulzura. Se acordó de Augusto Tomás, y la apacible grandeza del solitario le desvió sus ojos de aquel cuadro para fijarlos en el que amaba sin esperanza. ¡El Rey... el Rey!... Y Augusto Tomás, solo, desterrado en su Patria, amando como ella una aurora que nunca aparecía, divididos los dos por ese eterno crepúsculo infranqueable que torna para el Pueblo el Palacio en monstruoso castillo de leyenda...

II

Renunciamos, no por falta de espacio sino de facultades, á describir el *golpe de vista* que presentaba el inmenso Salón de las Ordenes. Quéde-se tal labor para uno de aquellos pintores franceses que sabían el arte de combinar en un lienzo centenares de cortesanos, columnatas, molduras, enseres, luz, aire y esplendor imperial. Pero no quiero pasar por alto, ni que la malicia se cebe en su preterición, algunos detalles esenciales para esta descosida historia.

Julita alzó sus ojos al ochavado techo, donde, sin duda, un pintor flamenco—*¡picara memoria!*—había querido demostrar que el esplendor del Trono, como el Sol en el cielo, puede vivificar un País. En efecto, allí se consideraban todas esas excelencias y algunas más con maestría curiosa. Julita veía mujeres desnudas que traían á los pies del Trono haces y cuernos de la abundancia, cestos de rosas, hatos de mieses y un magnífico buey de la Arcadía cebado, lustroso, de cornamenta dorada á fuego. Entretenida con aquel mundo palatino, apoleosis de la felicidad paradisiaca, no vió Julita ocupar el Trono al Rey, que, al contrario del Emperador del techo, se envolvía en ropajes, muy cuidadoso de no mostrar

otra carne que la de las manos. Desde luego, la melancólica mujercita comparó la escena del techo con el espectáculo vivo del salón. Arriba, los cortesanos desnudos ofrendaban á un rey, también desnudo, los frutos ópimos de su gobierno. Abajo, los palatinos forrados de indumentarias prolijas recibían de un soberano, embutido en mantos, túnicas y armamentos terribles, un gato rabioso eslabonado con mechoncos de cabellos rubios fidelísimamente vaciados en oro por orfebres proveedores de la Gran Orden. Julita ratiocinó que ó ella no tenía pizca de entendimiento ó el mundo había cambiado bastante desde que el despreocupado rey del techo exhibía sus nalgas ante hermosas carnes femeninas y hombrunos miembros.

Puesto en pie Don Oliverio y colocada en el resplandeciente centro del salón una mesa con los atributos de la Orden, una calavera, un misal, un puñal, un tarro de veneno y un cáliz, su Majestad alzó la voz cuanto le era posible á su divinizada garganta y declaró abierta ante la faz del Universo la sesión extraordinaria de la Orden.

Por doce lucernas entraba la luz del día, luz que tiene la condición de no alumbrar tanto como la artificial, pero que no es del todo mala. Gracias á ella, fulgían las piedras preciosas, el oro de los ropajes, los aceros, los penachos, las ensambladuras, las cornisas, los artesonados, las lunas venecianas, los arcaicos candeleros con sus arandelas como patenas; todo, menos las fisonomías. Esta observación sagaz se la hizo Julita á su noble vecina la Vizcondesa de los Sapos Tártaros (1).

—Fíjate, Clorinda: el fulgor de tanta riqueza anula el de las caras. ¿No parece esto una Asamble-a de maniqués?

Pero Clorinda no veía así las cosas. Ella estaba pendiente de las palabras que en aquel preciso instante pronunciaba con tremebunda energía el Duque del enorme vientre, refilitero mayor de la veneranda Orden. Decía el prócer:

—Sois, señor Soberano, el Rey más joven del Mundo. Cuantas virtudes os dió la sabia Naturaleza, V. M. las ha derramado pródigamente sobre Malindrania. La sacratísima é imperialísima Orden del Gato se place en atestiguarlo así antes que vuestras manos ungidas por los sacerdotes pongan sobre los hombros de tres nuevos Caballeros el Collar que Don Oliverio IV ideara con el objeto de recompensar las sublimes acciones.

No era escasa la de leer aquel tonel un párrafo tan largo como peregrino sin detenerse más que ocho veces para tomar algún aliento. Julita gozaba en la visión del afortunado hombre que así hablaba y escuchó con deleite, alegres aquellos ojos negros donde tanto fuego encerraba un corazón sano de verdadera mujer:

—Una vez más, Señor omnipotente, vais á otorgar la merced única en el Mundo. ¿Cómo alabar suficientemente vuestra sabiduría de Gran Maestro de la Orden cuando habéis sabido elegir tres Caballeros, cuyos títulos, revisados por Nos y refrendados por los doce Supremos Chancilleros Nocturnos son la ejecutoria de tres vidas, de tres genealogías plenas de grandeza y supraabundantes de fuerza?

Julita miró á la Reina. Sus grandes ojeras valían mucho más que los cuatro millones de escudos en que tasara su vestido de aquel día la Condesa de los Cinco Suspiros. La Reina madre aparentaba una gran tranquilidad. Los Príncipes é Infantes, agrupados cerca de Don Oliverio, des-

(1) Nuestros lectores, acostumbrados á la sonora articulación de los títulos europeos, que parecen misteriosas combinaciones de letras cabdísticas, tendrán éstos por traducciones de mal gusto. Pero ¿cómo va á traducir el autor las palabras malindranias, si no es en su verdadero significado? Véase, por ejemplo, los títulos de esta Vizcondesa en la lengua malindrania: Hartzetzollmenj-koffcheiss the Thompcheiss. ¿No es esto horroroso?...

pedían de sus uniformes un brillo que para sí lo hubieran querido sus ojos y rasgos fisonómicos. El gentil doncel, coronel de dragones, lucía bien clavada en el pecho la gran Cruz del Peligro, que le había sido otorgada por el peligro que corrió en una cacería al encontrarse con un jabalí que, herido de muerte, se lamía la llaga con grandes resoplidos.

—¿Quién como vos conoce el divino origen de ese Collar, máxima recompensa humana? Copiáronle mármoles y bronce, lienzo y poemas, y fué digno de que los mismos Pontífices le alabaran. Bastará, señor, que recordemos aquellos versos en idioma extraño que celebran la escena de la sacrosanta Fundación.

Julita sentía la emoción de aquel instante. Un silencio absoluto; el Rey, atento; la Reina, intrigada; la Corte, suspensa de los actos de aquella sesión, por tantos motivos memorable; Malindrania, agazapada en torno de Palacio, esperando el anunciado cataclismo, y sobre aquellas cabezas, tan olorosas y adornadas, el lienzo inmenso del techo con sus audaces carnes rosadas y frescas. Julita prestó oído al poeta, que sin ironía y con la ingenua franqueza de los bardos medioevos, cantaba así el origen del Collar:

—Estos son, señor, los versos del trovera Nurus, que los Caballeros de la Orden tenemos grabados en el exergo de las placas:

¿Quién es Liberina? Preguntádselo al IV Oliverio (1),
que encontró esa perla oculta en las montañas donde cazar solía.
La hizo suya. El Amor mismo los unió en la soledad de los colos.
Mas la Corte exigió del soberano repudiara á la incauta.
¡Oh, dolor!... Silvia la bruja coció un gato negro
con huesos de rábano y miel silvestre de avishas.

Untó un huso con el caldo y le dió trescientas
vueltas á la rueca, hasta formar un yugo.
Hervía la caldera mientras Liberina cortábase los bucles
de sus rubios cabellos, que la bruja enlazaba.

Así formó un collar
que Liberina mandó al IV Oliverio en prenda de recuerdo.
Oliverio moría. Fué llamada la bruja
y con un gato negro bizmo el pecho del Rey, que sanó en una hora.

¡Oh, fué agradecido el Rey! ¿Y Liberina?
Murió en un arroyo abandonada. Súpolo el Rey
y en busca suya caminó cinco años.

Al cabo de los cuales encontró sólo el cráneo.
Mas el Rey se casó. Trece de sus hijos fueron varones. Pero
el Rey se moría de melancolía, y un necio vasallo
recordó á Liberina, su memoria execrando.

¡Ah, Don Oliverio!...
Reunió sus Cabillos, cubierto de ceniza y cilicios,
y á la Corte habló así:

—Ha de ser Liberina respetada por todos;
por todos respetada ha de ser Liberina.
Quienquiera de vosotros que ejecute una hazaña,
premiado ha de ser
con un Collar que recuerde los cabellos de oro
y el negro gato bizco que la bruja coció
mientras Liberina
decoraba su pena con mi recuerdo loco—.

¡Oh... virtud del conjuro!
Hubo vasallos fieros que por hacerse dignos
de la regia merced,
turcos trescientos mataron en un día,
dos ciudades tomaron y quince vidas dieron.
Sólo digno fué uno de colgarse el sagrado amuleto.
¿Quién fué, oh Musa de los campos de Zempris?
¿No fué el IV Oliverio?...
Cuentan que estuvo un año
todo el Mundo corriendo y matando millares
de infieles y malvados, hasta que una saeta
atravesóle un ojo.

Sepultado fué en Himnos; y el collar de la Orden
sobre su sepultura, en mármol, fué labrado;
y el negro gato, en bronce;
y los rubios cabellos, en roja malaquita.
¡Oh, el buen rey Oliverio!...
Sólo trece varones se cuentan en sus hijos.

¿Quién era Liberina?
¡Preguntadlo á los hombres que lucen en su pecho
el collar milagroso de la Orden!...

—He aquí, señor, que vuestros antepasados dieron á vuestro Trono cimientos indestructibles...

Julita no oyó más. Su imaginación de niña daba vueltas á la lúgubre leyenda. ¡Pobre Libe-

rina!... ¿Qué diría si resucitara y se viera en tales andanzas, mucho más complicadas que las de su lastimosa historia? Tenía gracia que un collar tan preciado fuera una cadena de mechoncitos de pelo rubio y que un gato furioso simbolizara toda una Orden de Caballeros.

Los recipiendarios, entre dos padrinos cada uno, se acercaron á la mesa tenebrosa, y el Duque de Gangas de Anís, desnudando el acero, les gritó la fórmula de los Estatutos con bizarra prestancia:

—¿Juráis por estos emblemas defender el Trono hasta dar la última gota de vuestra sangre?

Julita comprendió que todas las Ordenes se apoyan en la regia investidura para subsistir, como la hiedra á las piedras, y en sus Reglas, la palabra *Rey*, es sinónimo de existencia. La frase popular en Malindrania, *Servir al Rey*, de tan fatales consecuencias, tenía su confirmación en los juramentos de las Grandes Ordenes de Caballería. Sin el Rey, serían instituciones imposibles y quedaría al descubierto su innecesaria existencia. Viven porque el Rey quiere. Sin embargo, el Duque de Gangas de Anís volvió á gritar más fuerte, elevando su espada sobre los macabros utensilios:

—Estos que veis aquí, emblemas de nuestra Orden, han de responder de la vuesa conducta. Si faciéredes desaguisados óuviéredes quebrantos, pensad que la vuesa honra, prenda del señor Rey es, que no de vuestas señorías.

Y volviéndose á S. M., exclamó con palabras de la Orden:

—Señor, siuviéredes que decir á estos Caballeros algún impedimento, mostrárselo habéis con faz omildosa; mas si la vuesa majestad segura es de la prosapia dellos, con vuesa venia leeros os han aquellas fazañas que los ficiéron grandes y infanzones de pro, fijosdalgos é dignos de Vos y de Nos.

Obtenido el permiso en extravagantes fórmulas, se adelantó el Marquésito Heracleo del Valle de Aram, y haciendo una reverencia, sin más preámbulos, se cubrió el exquisito peinado con un tricornio de plumas azules y verdes, que, ondeando, venían á parar debajo de las axilas ó sobacos. Luego leyó:

—Señor. Entre mis antepasados...

En prosa procesada cantó el bello mancebo las hazañas de sus progenitores, la ranciedad de sus pergaminos, las batallas ganadas, las proezas catalogadas por coronistas mercenarios, los trofeos que colgaban en los siglos pasados de las paredes de sus palacios...

—Teodulato de Alfalfa, bastardo de la quinta rama, entroncada en el árbol genealógico de mi familia, en tiempos de Oliverio VIII, salvó la vida á su Rey, á costa de la suya, por lo que Oliverio VIII mandó añadir á nuestro escudo un cuartel nuevo con tres flores rojas en campo lisado...

—¿No dirá—murmuraba Julita, con malicia manifiesta—, no dirá ese muñeco alguna proeza suya?... Por ejemplo, la apuesta que hoy pierde...

—Mi bisabuelo, Loro del Cáucaso, con una maza de quince quintales, arremetiendo briosamente la masa enemiga, dejó fuera de combate quinientos cinco soldados, provistos de corazas de acero.

—Ni uno más ni uno menos—afirmó en voz baja Julita—. Parece mentira que este retoño suyo sólo pueda matar pichones y algún bicharraco medroso. Cosas de los tiempos. Pero ¿qué significa tanto plumaje, armaduras, fórmulas, collares, espadones é inventarios de nobleza de sangre en hombres como éste, inofensivos é idiotas?

—En mi sangre, señor, se cuentan catorce cardenales...

(1) Recomendamos á los Poetas la traducción de este original malindranio, cuyo ritmo es una preciosidad. Mis fuerzas sólo alcanzan á traducirle con la fidelidad y respeto del que historia. Por lo demás, es sumamente curioso.

—¡Atiza!—exclamó Julita, sin poderse reprimir.

—... tres monjes del Monasterio de Tilos, muertos en olor de santidad y en proceso de beatificación, desde el siglo III de nuestra Era; ochenta y cinco conquistadores, doce virreinos, un Embajador extraordinario, que en servicio de sus Reyes desapareció en lejanas tierras, comido, según Diódoro de Sicilia, por los antípodas...

—Y bien—pensaba la sobrina de Doña Francisca—, todos esos méritos ajenos sirven a Heracio para adornarse con el Gran Collar por la ley de la herencia, por derecho propio, por...

Felizmente S. M. acabó aquel discurso con su fórmula ritual, que impresionó á Julita por lo admirable.

—Hete concedido el Collar por tus virtudes y probados merecimientos. Sábeta, Vasallo y Caballero que Nos estamos satisfecho de Vos y que esperamos lo estéis asimismo de tu Señor y Rey.

Y tomando el Collar de una bandeja que le acercó Agatocles, se le impuso diciendo:

—Así perezcas si indigno te haces deste don de dones.

Heracio afirmó las palabras que le dictó el Maestre de ceremonias.

—Si indigno me hiciera de él, demándeme Vuestra Majestad ante Dios; si no, V. M. tendrá en mí un fiel vasallo. Amén.

—¡Amén!—mugieron á coro los Caballeros de la Orden.

Adelantóse en esto el Cardenal y, dirigiéndose al Caballero, le dijo:

—La gracia del Señor verifique en ti tu promesa é ilumine tu corazón y tu brazo. Amén.

—¡Amén!—volvieron á mugir los Caballeros.

Tomáronle los padrinos y pudo sentarse entre los Caballeros.

El Barón de Confitura estuvo sublime. Su mujer se desmayó al oírle decir:

—En línea recta procedo de Tibolín de los Olivares, que de un mandoble derribó una encina. Don Oliverio I le concedió el sobrenombre de Elefantíaco, porque en la batalla de Siburia encontró el medio de hacer huir él solo dos manadas de elefantes amaestrados para el combate por el famoso ilota Cocoricó.

—¡Qué atrocidad!...—musitaba Julita, sonriendo. Pero su alborozo fué grande cuando le oyó decir:

—... Colocóse en medio del puente y veinte veces obligó á huir á los guerreros. Cubierto su cuerpo de sangre peleó durante cinco días, y sólo al sexto, y por expreso mandato del Rey, entregó su espada á Mauregato. Este fué, Señor, mi antepasado, cuya sangre circula por mis venas, según premática nona del Rey Don Oliverio III.

Julita tuvo deseos de ver esa sangre. Mas su íntimo regocijo fué explosión de alegría franca cuando avanzó hacia el Trono el Archiduque Jacinto de los Encantos. Media hora llevaba enumerando sus títulos cuando exclamó:

—¿Qué hubiera sido de Malindrania sin el esfuerzo titánico de mi antepasado Closvindo de Tantarantán. En tres días la recorrió toda talando campos, desmantelando ciudades, destrozando ejércitos, incendiando, matando muchedumbres de gentes, hasta que consiguió traer la paz sobre la malaventurada Malindrania...

—He ahí un modo de traer la paz, que desconocía yo—dijo para sus adentros la cristiana Julita. Sin embargo, aún la quedaba por saber una cosa nueva de suma trascendencia. Escuchó:

—Deseoso el Rey de tomar esposa, y no encontrando en las Casas reales mujer de alcurnia digna de él, fijó sus ojos en Margarita de Trapanojos, de mi ascendencia, de la cual tuvo catorce hijas, que se casaron á su vez con Reyes, que á su vez *desaguaron* en nuestra san-

gre la imperial savia de sus dinastías respectivas. De donde, mi nobilísima prosapia.

Don Oliverio oía esto embelesado, aturdido. Hubiera querido arrancarse el manto de púrpura, desenvainar su espada y sacudir á cintarazos, de aquellas almas mohosas, la herrumbre de los siglos. ¡Oh, y cómo se afirmaba su alma en su extrema resolución al oír aquellas historias terribles de hombres poderosos que habían medrado á la sombra del Poder Real, parodias de reyezuelos cuya aspiración eterna fué el serlo!... Se rebelaba su entendimiento contra tanta y tan absurda vanidad incomprensible; pero al intentar la protesta...

III

Mientras aquellos hombres soberbios se enmascaraban con la modestia falsa de su veneración al Rey y su dependencia absoluta de la Dinastía, un sordo trabajo mental roía el alma de Don Oliverio. Era preciso acabar con aquella inmóvil comedia representada á espaldas del Pueblo y en la cual se creaban ó afirmaban formidables intereses espirituales de un absurdo valor social. Dimanaba de aquellos actos, burdamente heroicos, atrozmente ridículos, la plenitud de la Nobleza endiosada con sus valores historiados, con sus códigos de bravatas y bellaquerías. El Pueblo sufría paciente ese inmenso poder, más ignoraba que las palabras *Conde, Duque, Marqués* eran las síntesis de siglos bárbaros, la simiente de Reyes, la concreción en un hombre de los privilegios y las prerrogativas adquiridos á costa de un tremendo desnivel social. El Pueblo respetaba mucho el poder de esos nombres aunque instintivamente les odiara. Don Oliverio se daba cuenta de las razones que integraban ese odio justo.

No era la sinrazón y la vergüenza del privilegio en sí; era el espanto, el tormento de considerar que en la tierra existían hombres cuyo espíritu hacía valer como actuales intereses inmorales de siglos pasados, con sus séquitos de acumulados rendimientos y pleitesías, como si los del Rey no fueran ya en sí mismos desmesurados é inhumanos. El lujo infame delataba los juegos de la estirpe, las inmensas ambiciones, las vastas arbitrariedades. Y era el Rey quien legalizaba todo esto ante el Pueblo estúpido, que temblaba de un muñeco vestido con fantásticas hopalandas cual si fuera un fetiche.

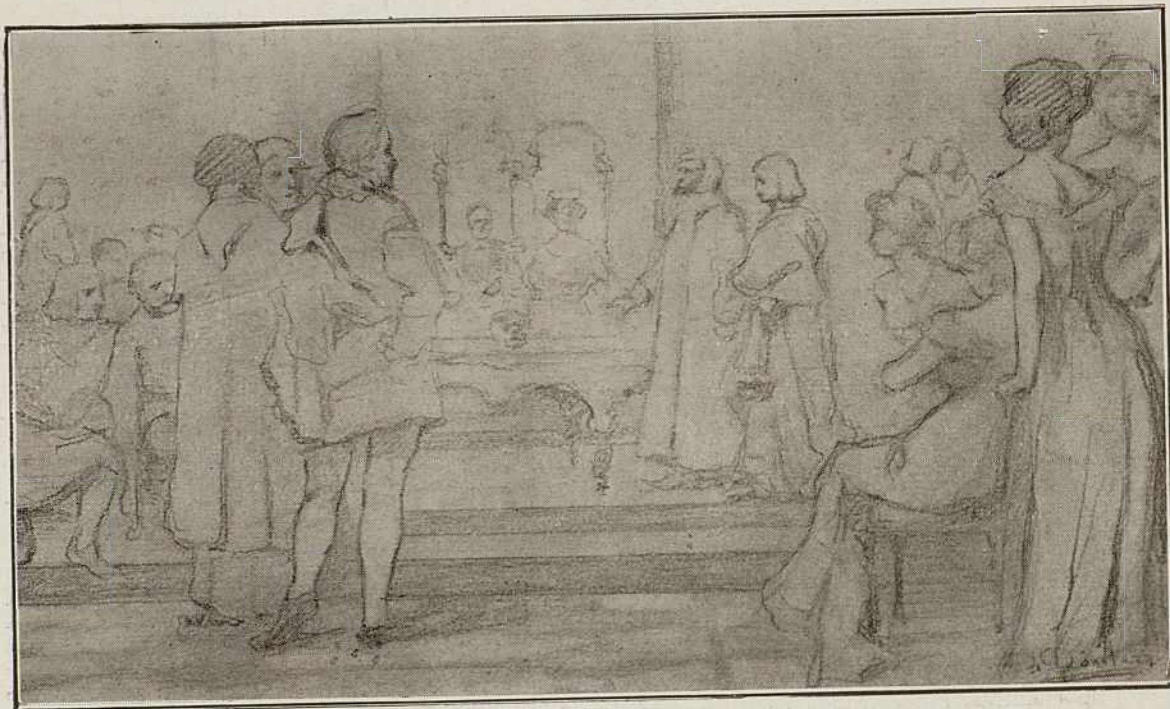
Don Oliverio quería decir algo parecido á esto y, al levantarse por indicación del Maestre de ceremonias, trabábase las palabras sanas y abortaba las rancias fórmulas hirsutas y ñoñas, evocación de putrefactas edades. Su espíritu sentía el aliento de la gran sala como una plancha que oprimía el corazón en vez de dilatarle. Acostumbrado al carnaval eterno del Palacio, los centenares de uniformes, la luz irisada de las joyas, las espadas fulgurantes no le desvanecían; pero, ¿qué sentimiento extraño á su decisión agarrotaba su voluntad y le impedía lanzar desde el Trono el anatema contra la indigna mascarada?...

Abrumado por su trabajo mental, inclinaba el mentón y veía colgando de los bucles de oro el sañudo gato de la leyenda de Liberina. Los versos jocundos del trovera Nursis, ¿no revelaban la insensatez de aquel orgullo con que llevaban sobre el esternón el gato negro cocido? El símbolo resultaba un sarcasmo. Don Oliverio se conmovió al concebir por vez primera en su juventud la idea de la inmensa injusticia de los símbolos nobiliarios, que nada significarían si el Pueblo no lo diera por valer determinado. ¿Dónde estaba el gran poeta de Malindrania que riera con risa cervantesca de aquel colgajo de oro? Para vilipendio del País, los poetas habían encontrado

en el Collar una infinidad de imágenes poéticas y sociales, y tal vez soñaran colgarse de los hombros civiles, como los púberes romanos la bulla de hierro. Y, no obstante, cuantas veces se levantó para decir esto, sólo expresaba unas palabras mortecinas del Ritual de la Orden que evocaban siglos pasados y una odiosa civilización de barbarie y fanatismo entonces tal vez útiles.

La Reina madre, Doña Tecla de Pentecostés, la Corte toda, no podían contener su gozo reprimido. Esperaban una hecatombe y presenciaban la escena romántica en paz, que aseguraba sus ejecutorias y premáticas. Julita se dió cuenta. Sintió algo indefinible y poderoso y palideció de emoción. Osciló el salón, y... aterrorizada, vió

techo, bella y esplendente dentro de aquellas molestas armazones que no podían abrochar, ni abotonar, ni ceñir, y lo intentaban riendo, burlándose con donaire de aquellas prendas de falso oropel é inaguantable martirio. La reina del lienzo se acercó á Doña Tecla con maligna curiosidad. Sus formas abundantes, sus curvas francas, el color sano de la carne, eran de una mujer, pero no de una reina. ¿Cómo ha de tener el cuerpo una reina? Para merecer el embriagador título de *Majestad*, ¿no se necesita otra cosa que heredarle? Los animales seleccionan sus jefes de manada bien entre los más hermosos, bien entre los más fuertes. El hombre deja esa selección al cuidado de la herencia. Julita, desnuda también,



caer del techo las figuras desnudas, el toro, los cestos de las ofrendas... Al mismo tiempo, de las dalmáticas, de los uniformes, de los morriones, de las cruces y de las cazoletas de las espadas se escaparon las águilas bicéfalas, las calaveras, los grifos, las gárgolas heráldicas, los onocrotalos, los gatos, los onagros, los leones rampantes, las balanzas, los ornitorincos, los hipócrifos...

Y fué como un tenebroso aquelarre, como una parodia, hecha en los Infernos del Capitulo de la Orden. El Rey desnudo del techo se acercó á Don Oliverio, le despojó de sus ropas y se vistió con ellas. Las mujeres del plafón perdieron su matiz al temple y se adornaron con las galas de las cortesanas, mientras los fornidos varones arrebatában los uniformes á los aterrados súbditos malindranios. Todos ellos quedaron en una desnudez vergonzosa é inicua. Buscaban encogidos los rincones, cubriéndose los sexos con las manos, lloraban de rabia al ver sus nalgas, sus brazos, sus torsos en ridícula apoteosis de adefesios. ¡Oh, aquellas cabelleras ralas, mugrientas de pomadas; los cuellos de jirafa, los brazos entecos, depilados y secos como fémures; las posaderas sanchescas, los vientres pletóricos como abomasos de rumiantes... Las damas sollozaban y no sabían si llevar sus manos á la cara ó á su sexo. Sus senos, sin el soporte de las ballenas, colgaban lacios, y era mustio y mentido el color avelanado de su carne. Don Oliverio corría de un lado para otro, al aire sus piernas secas, formadas con fibras nerviosas; su pecho aplastado, su tórax de enfermo. Más insupportable que su desnudez, se les hacía las risas de la Corte del

sin asombrarse, sin el menor escrúpulo, pronta á socorrer á la momia de su tía, como siempre, lucía su esbeltísimo cuerpo con la serenidad graciosa y ondulante de las Venus pintadas. Sonreía sin temor. ¿Temor de quién? ¿Del Marquesito Heraclio del Valle de Aram? Su espinazo amarillo destacaba sus vértebras amparado en un cortinaje rojo como su cara, confusa y desencajada. Los cortesanos huían ahora los unos de los otros, temerosos de verse frente á frente. El Archiduque, cuyos antepasados cercenaban encinas por sus raíces de un tajo fendiente, buscaba en vano un agujero donde agazapar su cuerpo, desmedrado y bufo, sin formas ni líneas, sin esos rasgos espirituales que dan al cuerpo un valor puro. Espantábanse de sus propios títulos, y hubieran dado la misma vida por despojarse en aquel momento de ellos. ¿Qué importa la desnudez de un pordiosero, de un hombre sin escudos ni divinos orígenes? Pero ellos, cuya majestad y gloria ancestral les ensoberbecían como si realmente fueran dones del cielo, comprendían ahora que no estaba su poder en su cuerpo, sino en sus vestidos, y para escarnio y vilipendio, ni aun en el techo podían incrustarse. Formaban en el aire un horrible estrépito las piezas y animales heráldicos. Baladraban, los aullidos imponían, gemían, ululaban, graznaban, se oían silbidos agudísimos, rugidos felinos, espantables graznidos. Se entablaron luchas horrendas. El gato negro del collar se aferraba al lomo escuálido del león rampante, que arrojaba de su boca fuego de áspides. El águila batió sus alas, arrebatando en las garras y en el pico gárgolas y bichos. Se de-

voraban y alabardas gos de los tas se cla pejos, qu blanda ge si, los cis vida, obs velaba an pectiva in nube con

Vió en rió. Don el Secreta No hizo c ésta... «L preocupac cual han que por s

Don Oli Su privileg desplomó Casilda su gran reso cortesanos firmaban dicos certi var demas fogosa juv dad cereb recordar. municar á solemnism ciosa Maje ras leyend un magnifi grafías de libirloque, bien alaba Malindran de las Mon cese de rej Rey es un servar esa comprendé infatigable sabemos q se puede c que se roa su egregia ramos, fel Malindran

La angu Don Oliveri nes. No pr había hech en un Mar ciar. Los r nión espiri Pueblo cor que había mente nec Documento no acabó d Una tard

voraban y renacían. El estruendo aumentó. Las alabardas volaban como caduceos. Los endriagos de los cascos perseguían á las espadas. Estas se clavaban con misteriosa fuerza en los espejos, que no se rompían, como si fueran de blanda gelatina; las calaveras chocaban entre sí, los cisnes huían de las sierpes. Julita, impávida, observó todo esto, volvió á sentir que se velaba ante sus ojos, que se esfumaba en la perspectiva infinita de los espejos, que huía como nube con la luz...

Vió en el techo las divinas desnudeces y sonrió. Don Oliverio leía un discurso redactado por el Secretario de la Orden, Barón de la Biblia. No hizo caso. Oía palabras, frases sueltas como ésta... *«La prosperidad de una Nación debe ser preocupación constante de los Reyes, para la cual han de contar con aquellos de sus vasallos que por su origen y...»*

IV.—Lo que hay en un tintero

Cuando miro la mejor de mis fotografías reflexiono que un hombre, en la actitud de pensar, se parece de un modo alarmante á otro que, en realidad, piensa.

(SULLY PROUDHOMME.—Dedicatoria á Lumière de un retrato del gran poeta francés.)

Don Oliverio cayó enfermo. Era de esperar. Su privilegiada inteligencia, de origen divino, se desplomó renida de luchar con lo humano. Doña Casilda suspendió el gran baile, llamado á tener gran resonancia histórica. Volvieron á tener los cortesanos en qué pasar el tiempo, y diariamente firmaban por centenares en las listas. Los médicos certificaron que Don Oliverio, dejándose llevar demasiado lejos por su sabiduría innata y su fogosa juventud, había contraído una enfermedad cerebral cuyo nombre endiablado no siento recordar. Asuero de Almaciga se apresuró á comunicar á los facultativos que días antes de la solemnisísima imposición del Collar, Su Muy Graciosa Majestad había pasado cerca de cuatro horas leyendo. Este informe célebre fué glosado en un magnífico artículo, ilustrado con sendas fotografías de Don Oliverio, por el gran escritor Bibliroque, de quien es este maravilloso y nunca bien alabado pedazo literario, que hizo furor en Malindrania:—*Ved ahí, detractores furibundos de las Monarquías, un Rey que enferma por exceso de reflexión. Vosotros, los que decís que un Rey es un atentado á la inteligencia, debíais conservar esas fotografías de S. M. estudiando, sin comprender el grave perjuicio que le traería su infatigable deseo de atesorar cultura. Nosotros sabemos que en el mismo gabinete de S. M. no se puede dar un paso, tantos son los libros de que se rodea el Rey. Quiera el cielo devolverle su egregia salud para bien de los que le adoramos, felizmente todos los espíritus sanos de Malindrania.*

La angustia de la Corte crecía á medida que Don Oliverio se negaba á salir de sus habitaciones. No preocupándose de su importante salud, había hecho que Agatocles y Asuero le ayudaran en un *Manifiesto-Discurso* que deseaba pronunciar. Los reyes de otros países vivían en comunión espiritual con el Pueblo, y él deseaba que su Pueblo conociera la mucha ciencia sociológica que había acumulado en sus viajes. Frecuentemente necesitaba detenerse, al redactar aquel Documento, que, por desgracia, se ha perdido o no acabó de redactarse.

Una tarde, S. M. estaba como el cielo, nublado.

Agatocles había llevado á la firma real trescientos veintidós Decretos y Reales órdenes. Asuero de Almaciga catalogaba para S. M. dos mil setecientos ocho obras, que hablaban de los males de Malindrania, sus remedios y probable porvenir. Con un gesto imperioso atrajo su atención, y pudieron oírle estas palabras, de cuya autenticidad respondemos:

—¿Sabéis lo que hay en ese tintero?

Asuero de Almaciga se apresuró á meter los ojos en él creyendo que el soberano se quejaba de la calidad de la tinta.

Don Oliverio, pausadamente, solemnemente, vertió sus palabras:

—Hay el porvenir de Malindrania.

Asuero sonrió. Era tan torpe, que no lo había visto.

—Los Reyes—continuó Don Oliverio—tienen un arma más fuerte que la espada y el báculo, más importante que sus gobiernos: el tintero. He tardado en saberlo; pero de ahí he de sacar la Malindrania que sueño. ¿No arrastran los escritores, los hombres como Augusto Tomás, las multitudes con sus obras? Yo las atraeré con mis firmas, y cuando rubrique un decreto, miraré bien lo que firmo y buscaré en esa tinta la verdad.

Cuando Don Oliverio se hubo tomado un descanso, sentenció en tono infalible y melancólico:

—Sólo se encuentra la verdad en el fondo de los tinteros.

Agatocles y Asuero bebían las sabias palabras de su Rey, asombrados de su inteligencia, verdaderamente real, cuando le vieron palidecer y alejar con sus brazos una sombra. Así era.

Del enorme tintero salían torrentes de tinta que se estrellaban furiosamente en el artesonado del techo y salpicaban los riquísimos muebles, los millares de retratos, los libros magníficos. Era una absurda sulfatara que anegaba de tinta la habitación real. Flotaban en ella los decretos. Y en el vaho agrio que expelía, denso como humo de fábrica, vió Don Oliverio dibujarse la Venus de bronce de su Parque. En la sombra lóbrega el espejo brillaba como una antorcha, los vapores no podían empañarle. De aquel espejo brotaban furiosamente millares de hojas manuscritas, al pie de las cuales el Rey leía su firma. Las hojas blanqueaban en el diluvio negro. El nivel de la tinta crecía sin descanso, y del espejo encantado surgían millares de millares de blancas hojas y firmas reales.

El Rey se ahogaba inmovilizado por el asombro. Las paredes crujieron con estrépito, se derrumbaron, arrastrando á los dos cortesanos la corriente furiosa de tinta que manaba del tintero en cascadas, en verdaderos ríos, hasta anegar una perspectiva infinita. Don Oliverio creyó ver en el fondo del océano horrible su isla de Malindrania como un mapa en relieve. Y en medio de ese mar negro que se hinchaba sin tregua, el tintero, como el cráter de un volcán, arrojaba su líquido infernal é inagotable. La Verdad resplandecía junto á él como un rayo trémulo de luz, y del espejo caían en el piélago millones de millones de blancos papeles que, poco á poco, serenándose el volcán, se convertían en lluvia, en nieve fantástica. Como los lampos de la nieve caían los papeles desde el cielo inmenso y ceniciento. Pronto se cubrió de ellos el mar y la superficie blanqueó. Don Oliverio, como el espíritu del Señor, flotaba sobre las aguas fétidas.

Agatocles y Asuero socorrieron al soberano. Les prohibió salir. Hundida su cabeza entre las manos, suspiraba. ¿Qué significarían sus alucinaciones?... ¿Por qué no existirían en las Cortes modernas intérpretes de sueños, como en los Imperios arcaicos? Y su vista extraviada creía ver todavía en el fondo del negro océano sus dominios de Malindrania, aquella vasta periferia con sus sistemas de montañas, sus ciudades,

anegado todo en una catástrofe de tinta. Luego contemplaba el nuevo género de nieve, los papeles sellados y rubricados por él, con su anillo, con su corona...

Avanzada la noche de aquel día terrible, Agatocles, que velaba dormitando el sueño del Rey, sintió en sus hombros una mano.

—Agatocles, mira...

El Duque de Trévedes miró, sin ver otra cosa que el lecho en desorden y á Don Oliverio en paños menores, flaco, livido, con los ojos fijos en un punto de su alcoba.

—¿No ves, Duque?...

—¿El qué, señor?—respondió el pobre hombre, muerto de miedo.

—¡Malindrania!

Y era cierto que una matrona de dulce belleza, en cuya cara reconoció Don Oliverio á Julita, estaba allí, quieta, muda, serena, ante el soberano, que temblaba como un simple hombre. Vestía como acostumbran los pintores á personificar un País; pero la tela era tan fina, tan diáfana, que, á través del cendal, se veían las formas, la carne, las líneas, desnudas como las de la Ver-

dad. Su inmovilidad aterraba á Don Oliverio, que cayó en un profundo sopor...

Augusto Tomás decía á Don Oliverio:

—Un rey no puede dejar de ser rey. Su mal está en serlo. Cuando quiere aparecer como hombre, no puede, y ese es el justo castigo de su soberbia. El *si* y el *no* se unieron para formarle, y en su alma la aurora y el crepúsculo se funden monstruosamente.

—Yo quiero el bien de Malindrania, Augusto.

—Inútil. Sois su Rey; no seréis nunca otra cosa que un Rey.

—Renuncio á mi Corona.

—La Corona no saldrá de vuestras sienes sin llevarse el cráneo. Dejadla donde está. Los Reyes tienen su expiación; han de soportar durante toda su vida el Trono en las espaldas y caminar con él al abismo.

—¡Seguiré siendo Rey!... ¡¡Quiero seguir siendo Rey!!...

—No habéis dejado de serlo ni un solo día, Don Oliverio.

Augusto Tomás

Cárcel Modelo. Mayo 1911.



La Villa de París

67, Atocha, 67 ☐ Teléfono núm. 6

GRAN LIQUIDACION por ensanche del local

de las ricas confeccio-
nes de esta casa, como
abrigo, vestidos, sali-
das de teatros, blusas,
faldas sueltas y vestidos
===== de niña =====

NOTA La liquidación sólo durará Junio
y Julio, para empezar las obras en Agosto.

Ayuntamiento de Madrid

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES
2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.—MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V. — 9 de Junio de 1911. — NUM. 232

PRECIOS DE SUSCRIPCION

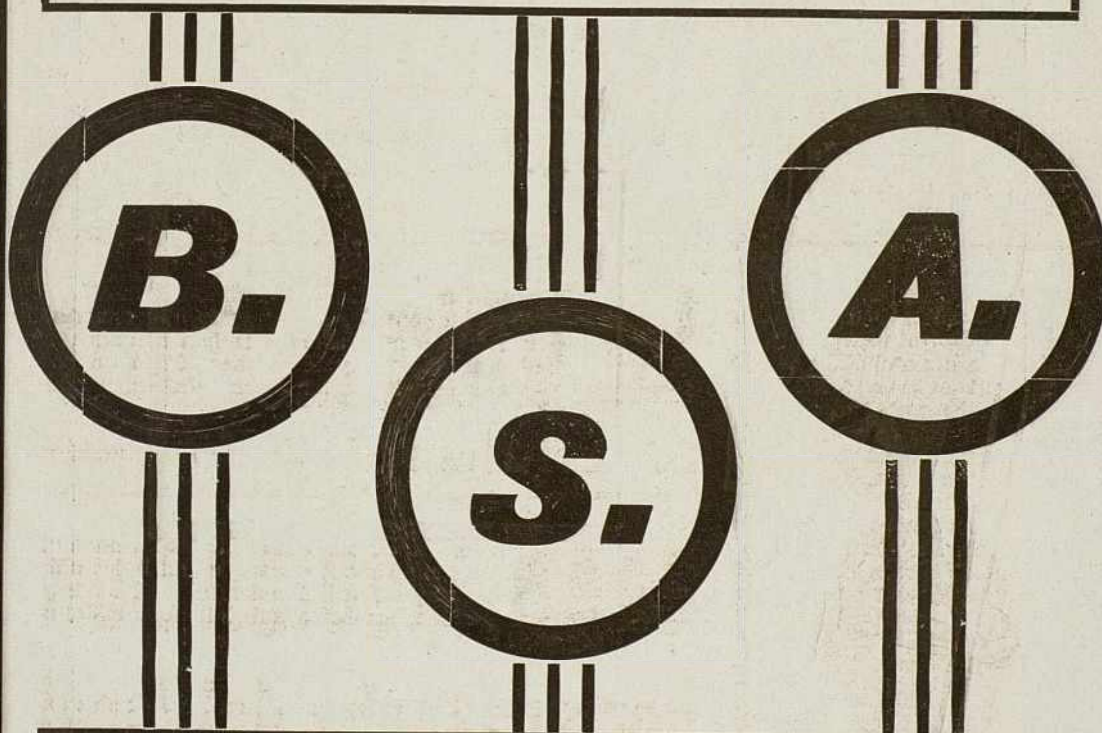
Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

Director gerente: JUAN J. SANSANO

BICICLETAS



ARROYO Y GONZALEZ

Plaza de Isabel II, núm. 7 (rinconada)

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

A C A S O

Ayuntamiento de Madrid

por Javier Valcarce



**DESAFIAMOS
TODA
COMPETENCIA**

Quien se fije en
los precios de
esta casa será
cliente seguro

TELÉFONO 3000.

SALGADO

28 CARMEN 28

Ayuntamiento de Madrid

Gran



P

Se emp
seguro
tismo ar
y crónic

Es el
dentifric
eco



¿TEN

Y p
Es
Con

Frasco

VILLEC

y



LA ECONOMICA PELUQUERIA DE SEÑORAS

Ultimos modelos en pos-
tizos de fantasia, pelucas
de señora y caballero, bi-
soñes, rayas, trenzas y
moñas. Ultima novedad.
Precios muy económicos

Cecáreo Castrejana

Huerías, 4 (al lado
de San Sebastián)

UNA HERMOSA

y abundante cabellera se tendrá siempre usando
el RON QUINA ABROTANO MACHO

DEPÓSITO EN MADRID

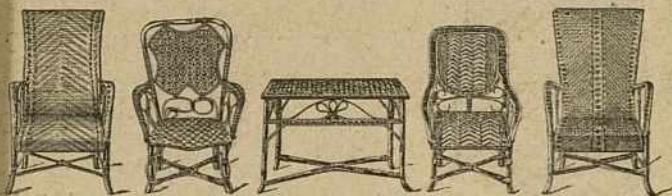
PERFUMERIA SALVANY
7, FUENCARRAL, 7

Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS PE PUN-
TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo. CAPELLANES, 12. Precio fijo

Gran fábrica de muebles de junco esmaltado



DE MARIANO V. GARCÍA

CALLE DE VERGARA, NÚMERO 1

(frente al Real) MADRID

PEDID SIEMPRE ESTA MARCA

Se emplea con éxito
seguro en el reuma-
tismo articular agudo
y crónico y en la gota.

Es el mejor polvo
dentífrico y el más
económico



Sustituye en bondad
y es más económico
que todas las aguas
minerales usadas
para las enfermeda-
des del estómago

Cajas de pastillas
comprimidas de bi-
carbonato de soda á
0,50 la caja

CAJAS A 0,50 Y UNA PESETA

Latas que resultan más económicas, á 5 pesetas

¿TENEIS CALLOS?

¿Por qué estabas ayer quieto
Y por qué estás hoy bailando?
Es porque me estoy curando
Con el CALICIDA CUETO!

Frasco con pincel, 0,75 céntimos

VILLEGAS: Plaza del Angel, 16

y en todas las buenas farmacias

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaina

Su preparación esmerada y exacta dosificación las
acredita desde hace más de 15 años como el mejor
medicamento para la garganta, el más agradable de
tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen
opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y
quitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1'50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTÍN VELASCO Y C.

MADRID, Calle de Alcalá, 7, MADRID

Vino de Peptona de Ortega

Para **convalecientes** y **personas débiles**; es el mejor tónico y nutritivo. Inapetencia, malas digestiones, anemia, tisis, raquitismo, etc. Los **anémicos** deben emplear el vino ferruginoso, que tiene las propiedades del anterior, más la reconstituyente del hierro

ORTEGA

Laboratorio-Fábrica:
Puente de Vallecas



Primera y única fabricación en grande escala de las Peptonas y sus preparados por medio del vapor y con todos los aparatos más modernos



Premiado con Medalla de oro en el IX Congreso Internacional de Higiene y Demografía y en la Exposición Universal de Bruselas de 1910

MADRID

Farmacia:
Calle del León, 13

